TERRITORIO

Tengo una libreta. Una vieja moleskine verde que me encontré hace meses, olvidada sobre la silla de una cafetería. Reconozco que debería de haberla entregado en su día al camarero, por si su dueño volvía a por ella. Cosa que, seguro, ocurrió. Lo reconozco con la misma intensidad con que me confieso a mi misma que no pienso hacerlo, que ya no voy a desprenderme de ella bajo ningún concepto. Desde aquel día, esta libreta viene siempre conmigo, liada entre el montón de cosas que llevo en el bolso. Me siento menos sola desde que este puñado de relatos me acompaña a todas partes.

Recuerdo cuando repetía constantemente aquello de "*todos estamos solos*" . Qué intensito y qué pesado se ponía a ratos. Lo recuerdo ahora, después de tanto tiempo (mentira podrida, lo recuerdo casi a diario), sentada a esta mesa, sola, en la terraza del restaurante de un hotel con vistas a la playa. De todas las mesas, seis, sólo yo estoy sola. Quizá por eso, ahora, haya venido a mi memoria aquella sentencia tan recurrente en él. Por eso y porque no paro de darle vueltas a cientos de ideas improbables acerca de cómo será la persona que ha escrito estos relatos que , fortuitamente, acompañan mi existencia. Porque intuyo que se parece un poco a él pero por otro lado no se parece en nada. En fin, no sé. Aquello ya terminó, no sé porqué no lo olvido del todo.

Mi madre me solía decir "*viaja sólo con personas no quejicas. Si se quejan, déjalas en la primera estación de servicio*" Y eso fue, simplemente, lo que hice con él. Por eso ahora como sola en esta bonita terraza con vistas al mar. También me decía (mi madre hablaba lo justo pero solía dar en el clavo) que encontrase donde me hiciesen sentir importante y querida, y que sólo fuese a esos sitios y que repitiese mil veces. Y así, vuelvo una y otra vez a los relatos de mi moleskine. No me hacen sentir importante pero, de momento, es lo que más me reconforta de todo lo que veo alrededor. Aunque, que nadie se lleve a engaño. No soy una de esas amargadas, no. En general, estoy satisfecha. Creo que el gesto más radical hoy es estar contento con lo que uno tiene. Y yo lo estoy. Es sólo que, de un tiempo a esta parte, siento cierta zozobra cuando enciendo la televisión o leo un periódico o una red social. Una inquietud que sólo consigo calmar cuando me adentro en uno de los relatos de mi apreciada posesión.

Recuerdo cuando se conocieron mi madre y él. Aún no había salido de la portería aquella tarde de sábado. Entré mientras ella ordenaba los platos en la cocina. Me miró, esa mirada condescendiente tan suya y me dijo "*si llama caldos a los vinos, déjalo hoy que mañana es tarde*". Pero a mi no me gustaba, ni me gusta, mirar de reojo. Siempre he sido una ingenua de esas que creen que no hay nada más triste que no fiarse, que hay que ir siempre a favor del prójimo, aún cuando suela decepcionar tanto.

A mi madre le gustaría esta terraza con vistas al mar. La imagino con mi padre aquí, octogenarios los dos. Ella aún con los labios pintados. Él, con su pelo canoso peinado hacia atrás y su mirada, aún un poco malvada, como de no darte cita porque no interesas y su traje de tres piezas un poco gastado. Beberían vino y mi madre se horrorizaría con la chica de la última mesa que, claramente, se ha perdido los últimos seis años de Balenciaga "todo el mundo en chándal o con ropa ajustada, por dios, parece un gimnasio en lugar de un restaurante". Y algo de razón no le faltaría.

Me he despertado un poco extraña esta mañana en la habitación del hotel. El olor del suelo de madera, quizá, mezclado con el olor a salitre que entra por la ventana entreabierta. Al rato, he visto mi libreta, apoyada sobre las sábanas de la cama de al lado, aún sin deshacer. Las hojas extendidas, el sol reluciendo al trasluz entre los trazos de tinta. Me ha parecido una criatura extraña y feliz.

He pensado con pena en lo pequeño de su existencia, confinada en las estrecheces de un bolso lleno de trastos inconexos, reducida a unos paseos por la playa en este lento discurrir de calendarios en el que se ha convertido mi vida.

Me he acercado con cuidado hasta ella y he pasado las hojas que parecían alas de mariposa a punto de quebrarse, frágiles como el tiempo que se nos escurre entre las manos. Cada objeto, cada persona con una fecha de caducidad, invisible al principio pero que va desvelándose, dígito a dígito, con el paso de los años hasta descubrirnos el momento final en el que no seremos nada.

Creo que ha sido entonces cuando lo he decidido. He buscado el portátil, he afrontado la aterradora hoja en blanco armada con una copa de vino y he empezado a transcribir la primera historia de la libreta, una que hablaba sobre un territorio ocupado bajo la nieve.

La libreta palpitaba alegre bajo luz del escritorio como animándome a seguir.

Historia a historia, dejándome los ojos en cada curva de la apretada caligrafía hasta componer este libro que ahora tienes entre las manos.

Creo que al dueño de la libreta le habría gustado. O no, quién sabe. En cualquier caso, a mi me parece bonito que nuestras historias sean más grandes que nuestras vidas, sin fecha de caducidad.

Espero que disfrutéis de su compañía. Eso sí, tenéis que saber que, aunque la moleskine la siga teniendo yo, desde ahora, somos cómplices

No estropees una vida de fracasos con un éxito de mierda

Oteiza

TERRITORIO

La nieve me ha robado el territorio. Recorro los sitios conocidos y todo parece fuera de lugar, los caminos borrados, los puntos de referencia sepultados bajo capas de nieve que parecen llevar ahí toda la vida. La lluvia siempre parece pasajera, finita, pero la nieve siempre me transmite una extraña sensación de eternidad.

No logro abandonar la incredulidad que me acompañó durante gran parte del año pasado. Cada día es como llegar a una mesa en medio de una partida ya empezada en la que debes participar y donde nadie se ha molestado en explicarte las reglas. A veces pierdes, otras veces ganas, pero nunca logras entender el motivo y un tipo con un parche en el ojo te sonríe con sonrisa de amigo y te dice que ya les vas pilando el truco. Y asientes, claro, lo importante es que nadie sospeche lo perdida que te encuentras.

Me resulta muy complicado juntar todas las piezas desperdigadas por el territorio en busca de una señal, una explicación. Así somos las personas, nos dan dos trozos de papel y armamos un rompecabezas, dos puntos y trazamos una línea que los una.

He salido mucho estos días en busca de esas piezas en medio de la nieve y empiezo a sospechar que quizás no estamos preparados para la solución más sencilla de todas: que no existen respuestas más allá del simple azar. Que, en el fondo, no somos tan importantes como para formar parte de algo mucho más grande.

La nieve sigue ahí, negándose a ceder un milímetro de ese territorio ganado con tanto esfuerzo. Durante el día se desangra en infinitos riachuelos que bajan plateados calle abajo pero, al ocultarse el sol, cierra sus heridas con fiereza y las convierte en un hielo que es una trampa para incautos.

En el jardín de atrás nadie se ha atrevido a pisar aún, es una nube de nieve intacta. Esta mañana he visto las huellas de un pájaro dibujadas sobre ella, seis puntitos formando una línea sobre la nieve que desaparecen de la misma forma que aparecieron: sin ninguna explicación.

Esas serán todas nuestras huellas, el rastro que dejaremos tras nosotros: unos puntitos en medio de una inmensidad que un día desaparecerán.

Las ruinas que aparecen en el fondo de la foto son de la Ermita de San Pedro. Desconozco si ese es su nombre oficial, pero es el que le otorgó un anciano que desayunaba conmigo durante mis primeros meses en esta ciudad. Nunca quise averiguar su verdadero nombre, las cosas se vuelven reales la primera vez que son nombradas.

Escribí sobre esas ruinas hace mucho años, al inicio de todo, en alguna de mis primeras pisadas sin ayuda por encima de esa nieve impoluta que era entonces mi vida. Han sido muchos años ya, imposible saber si en la dirección correcta porque en la nieve apenas tienes puntos de referencia. Cualquier lugar es idéntico a cualquier otro y sólo te queda la intuición, la brújula moral que te dice que sigues en el camino correcto, que sigas buscando, que no dejes de hacerlo nunca porque aún no has llegado a ningún lugar.

El viejo me dijo que esas ruinas eran de la ermita de San Pedro y yo decidí creerle. Cuando le comenté que me parecía un lugar bonito se limitó a encogerse de hombros y contestarme que, "*no son más que un montón de piedras*".

Supongo que los dos teníamos razón.

Recupero un par de fotos que quedaron pendientes del año pasado para agitarlas ahora como si fuesen un estandarte entre los restos de la batalla. En ellas he grabado una promesa, más bien un deseo, para este año recién estrenado.

Volveremos al mar, a nuestros sueños y a todas esas cosas que no nos parecieron importantes hasta el momento en que estuvimos así de cerca de perderlas.

Volveremos al mar, dejad que me lo crea por un instante. El año acaba de empezar y aún tendremos muchos meses para reírnos de nuestra ingenuidad.

VOLVEREMOS AL MAR

OCASO

Se nos puso el sol antes de tiempo. Un ocaso abrumador, inabarcable.

Atemorizados, consultamos con todo tipo de astrólogos y adivinos en busca de una luz en medio de tanta oscuridad. Cuando se declararon perplejos recurrimos a una caterva de astrónomos y hombres de ciencia encerrados en las torres de marfil de sus porqués. Nos miraron llenos de lástima, desplegaron ante nuestros ojos mapas cenitales y calcularon trayectorias celestes, interrogaron a las estrellas y… no supieron encontrar ninguna explicación.

Todo era tan perfecto dentro de sus planos y en sus ecuaciones. Estaba todo tan detallado y sin apenas margen para el error que habríamos dado cualquier cosa por vivir en ellos en vez de en esa oscuridad inmensa que nos ahogaba sin dejar sitio para nada más.

Pero nunca nos esta permitido elegir, todo se reduce a un tirar los dados a ciegas esperando la combinación mágica que nos salve del abismo.

Nada de buscar hermosas palabras ni actos heroicos a la desesperada. Era el momento de la huida, de dinamitar toda nuestra vida en común y buscar, a tientas y por separado, la salida del laberinto que habíamos construido.

Ya ves, tantas promesas con sus grandes palabras, tanta pelea, tanta lucha, tanto intentar hacer las cosas de la mejor manera posible y al final sólo nos aguardaba esa oscuridad de boca de lobo.

Esta mañana, al levantarme con el sueño pegado a los ojos, he tirado al suelo un viejo reloj despertador. Un aparato de latón mellado que tengo de adorno porque hace tiempo que se quedó afónico y que ha ido pasando de generación en generación, de mesilla en mesilla, como un venerable anciano que nadie sabe dónde colocar.

Es el típico despertador de la posguerra. Una de las primeras cosas que compraban nuestros abuelos cuando se casaban y empezaban a construir sus vidas en común. Esos despertadores tenían una misión sagrada grabada en sus almas mecánicas, eran un tótem, una señal de confianza en el futuro que les aguardaba.

No falla, cuánto más pobre es la gente en España, más fe tienen el futuro.

La pobreza de la posguerra era aterradora, por eso todos soñaban con escapar de ella y esos aparatos que iban llegando a las casas poco a poco eran las baldosas amarillas sobre las que trazaban el camino de huida. Objetos mal construidos y caros, como lo han sido siempre las cosas para las clases bajas españolas, pero que les permitían tener la esperanza de que todo iría mejor, quizás ya no para ellos, sino para todos los que vendrían después.

El caso es que he tropezado con él y ahí se ha ido el pobre despertador, directo al suelo. No se ha roto, se ha quedado en el suelo mirándome con cara de susto y, de repente, ha empezado a funcionar. Un tic tac glorioso que ha inundado la casa tras décadas de silencio.

MENSAJE DENTRO DE UN RELOJ

He pensado que quizás quería decirme algo. Un mensaje de todas esas manos que lo tocaron sin cariño, dieron cuerda, o hicieron callar con ojos cansados antes de empezar otra jornada en trabajos que eran como agujeros negros.

¿Qué podrían querer decirme mis antepasados?, No tengo nada en común con sus vidas. Hemos llenado las nuestras de todo tipo de objetos que lucen, que suenan y se comunican de mil maneras pero que son incapaces de hacernos soñar con un futuro prometedor. ¿Y las guerras?, Las batallas de mi generación son, sobre todo psicológicas, batallas contra nosotros mismos en las que habitamos el bando de los derrotados. Perdimos la fe en nuestros padres casi al mismo tiempo que la fe en Dios y nos quedamos con un vacío inmenso que no hemos podido llenar con montones de objetos caros y mal construidos.

Aunque no entienda el mensaje de ese despertador, me gusta el sonido que hace vibrar la casa. Escribo estas líneas siguiendo el ritmo del *tic tac* mientras intento descifrar ese algo que es importante aunque aún no lo haya descubierto.

Los enamorados salen a la noche con los ojos inyectados en sangre y un puñado de poemas arrugados en los bolsillos.

Empiezan a sospechar que han sido engañados, que los finales no serán nunca como en las películas que han visto miles de veces. Nada de tesoros escondidos al final del arco iris, ni rastro de un hilo rojo uniendo los destinos de aquellos que estaban destinados a encontrarse.

Se sienten enfadados y engañados, pero nunca dejarán de intentarlo aunque duela. Sobre todo si duele, el dolor es la prueba definitiva que deben superar una y otra vez.

Caminan por los aeropuertos con miradas cargadas de tristeza y se toman en serio cosas que nadie más entiende: los cristales con manchas de lluvia, los ceniceros humeantes de colillas, o los trenes que nunca llegan a su destino.

Cuando creen que nadie les vigila llenan las paredes de promesas de eternidad que no piensan cumplir, y rodean sus palabras con corazones entrelazados ante los que juran un amor eterno que dura lo que tarda en secarse la pintura.

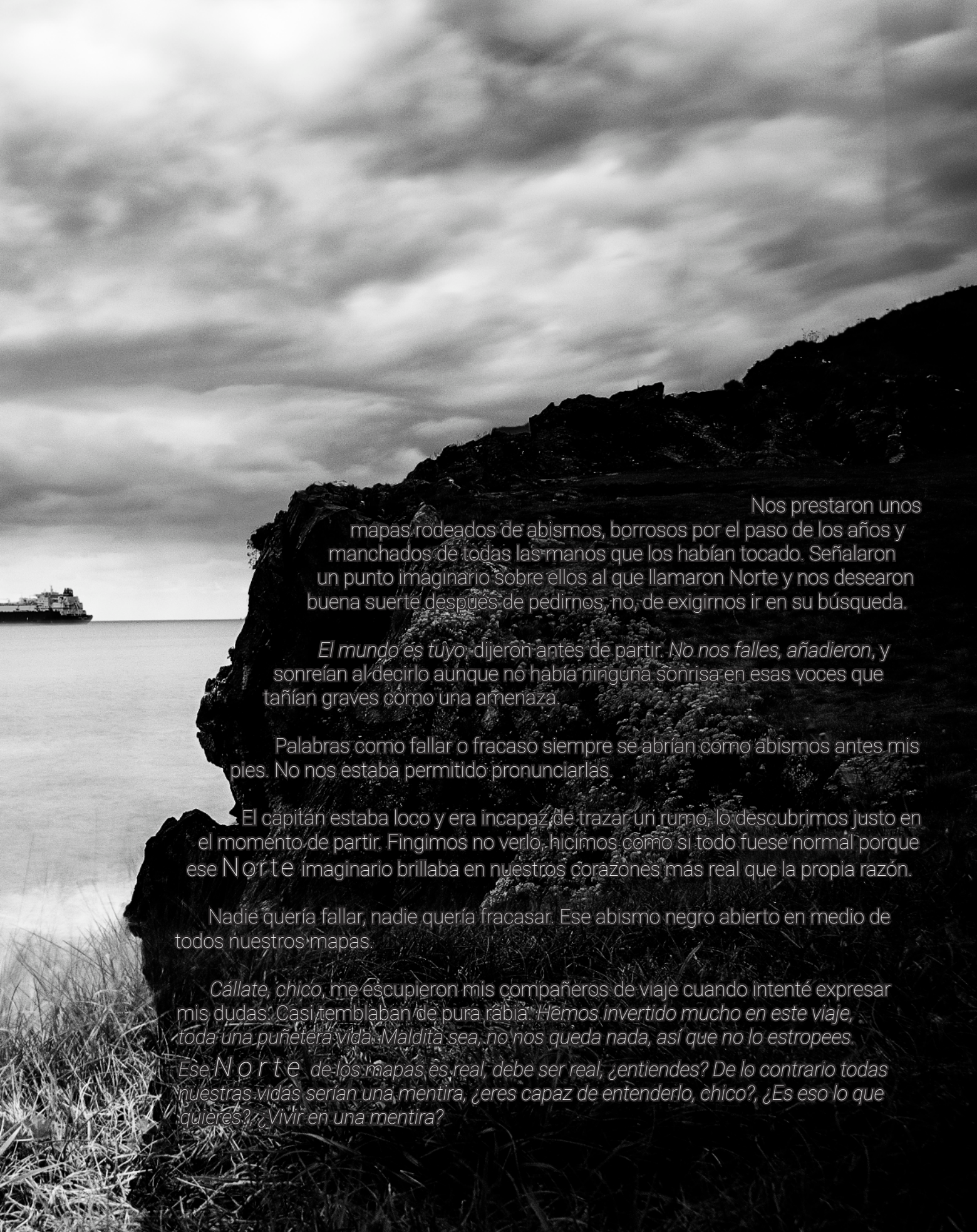
Así de tristes son sus días… mejor no hablemos sobre las noches.

Sus existencias se han convertido en una búsqueda infatigable y eso es todo lo que necesitan en sus inventarios y en cada uno de sus mapas.

En cuanto intuyen que pueden estar cerca de cumplir sus anhelos huyen despavoridos. Saben que sus vidas sólo tienen sentido en la derrota constante, si alguna vez encontrasen aquello que buscan entonces ya nada tendría ningún sentido.

PERO EL AMOR, ESA PALABRA

EL VIAJE



Nos prestaron unos mapas rodeados de abismos, borrosos por el paso de los años y manchados de todas las manos que los habían tocado. Señalaron un punto imaginario sobre ellos al que llamaron Norte y nos desearon buena suerte después de pedirnos, no, de exigirnos ir en su búsqueda.

El mundo es tuyo, dijeron antes de partir. *No nos falles, añadieron*, y sonreían al decirlo aunque no había ninguna sonrisa en esas voces que tañían graves como una amenaza.

Palabras como fallar o fracaso siempre se abrían como abismos antes mis pies. No nos estaba permitido pronunciarlas.

El capitán estaba loco y era incapaz de trazar un rumo, lo descubrimos justo en el momento de partir. Fingimos no verlo, hicimos como si todo fuese normal porque ese Norte imaginario brillaba en nuestros corazones más real que la propia razón.

Nadie quería fallar, nadie quería fracasar. Ese abismo negro abierto en medio de todos nuestros mapas.

Cállate, chico, me escupieron mis compañeros de viaje cuando intenté expresar mis dudas. Casi temblaban de pura rabia. *Hemos invertido mucho en este viaje, toda una puñetera vida. Maldita sea, no nos queda nada, así que no lo estropees. Ese* Norte *de los mapas es real, debe ser real, ¿entiendes? De lo contrario todas nuestras vidas serían una mentira, ¿eres capaz de entenderlo, chico?, ¿Es eso lo que quieres?, ¿Vivir en una mentira?*

56

30

La periferia es un lugar difuso donde la ciudad pierde su alma y sólo deja como rastro de su presencia las vías de entrada y salida. Carreteras y autopistas con forma de arterias grises que nutren al viejo y podrido corazón de la metrópoli con ruido, con luces… con otras vidas.

El asfalto es un lugar de paso, un simple medio para llegar a un destino. Por la noche desaparece y en su lugar los coches forman líneas de pura luz: estrías blancas para los que regresan a la periferia, estelas rojas para las huidas.

Esas líneas luminosas marcaban el final del barrio, la frontera de nuestra libertad. Lejos de ellas ocurrieron los primeros conciertos, las salidas a la montaña o a los cines con otras personas que tenían otras vidas… Todo un mundo inmenso, desconocido y casi al alcance de nuestros dedos.

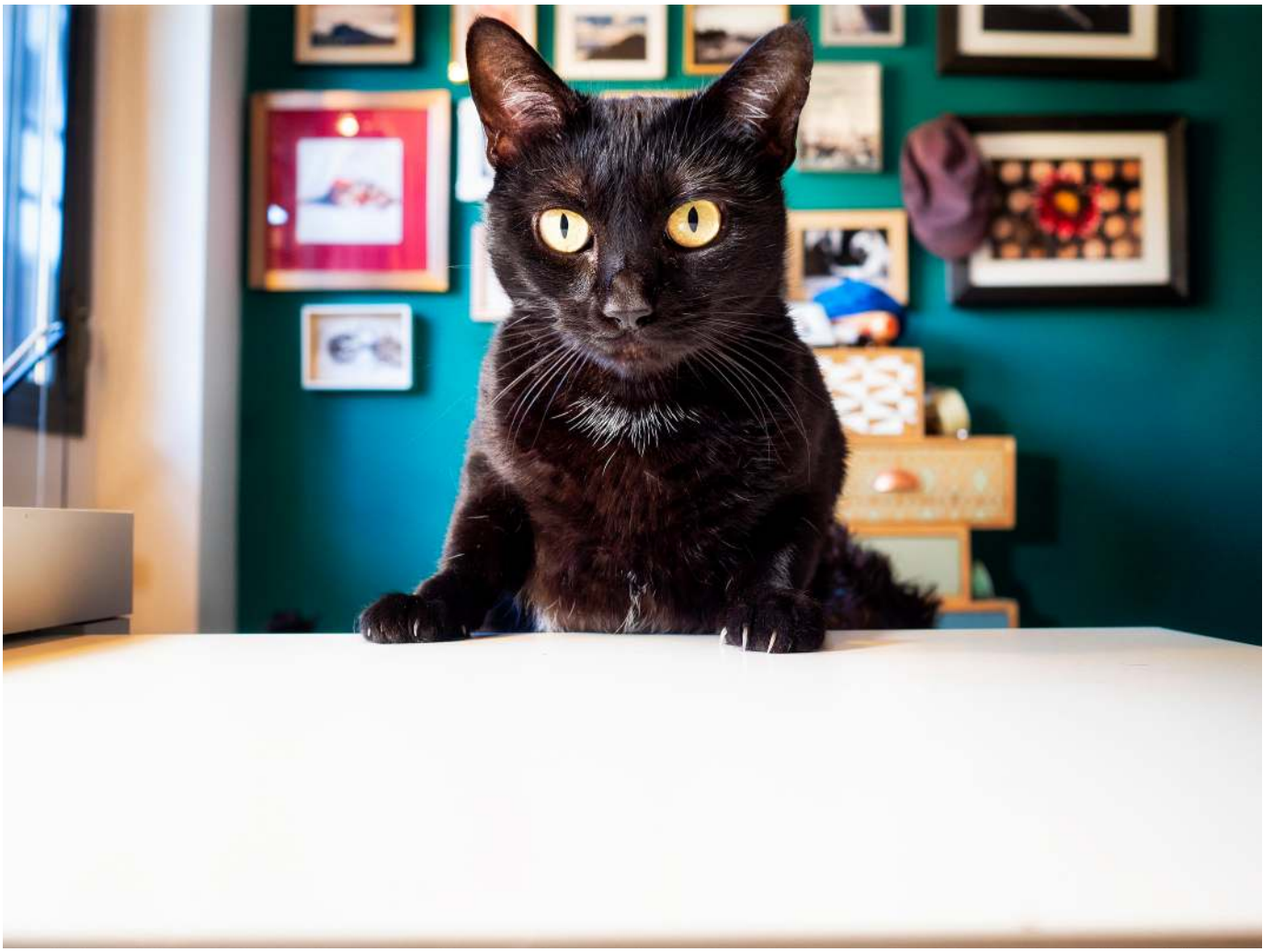
Parecía que todo lo que merecía la pena, lo único que de verdad importaba en esos días, pasaba fuera de nuestros barrios, de nuestras casas… de nuestras vidas.

La salida 56 de la autopista era el hito que marcaba la vuelta a aquello de lo que huíamos. Ver ese señal nos hundía en una tristeza pegajosa que nos dejaba callados el resto del viaje porque nos recordaba lo efímero de nuestras escapadas.

Por eso hacíamos planes, los hacíamos todo el tiempo para estar lejos del barrio. Queríamos convertirnos en una de esas estelas rojas y no volver la vista atrás. El tiempo, con su paciencia infinita, acabaría por imponer sus propias reglas sobre nuestros deseos.

Muchos de nosotros nos quedamos aquí, en el barrio donde nos nacieron. Fuimos sin quererlo la fruta que cae cerca del árbol en busca de alguna excusa para justificar lo breve de su escapada. La familia, el trabajo, cierto orgullo de clase… es difícil ponerle nombre a nuestra cobardía.

A veces nos volvemos a ver, encontramos un hueco entre tantas obligaciones de personas adultas y nos juntamos sobre el puente que cruza la autopista para mirar con nostalgia el cartel que indica la salida 56. El final de todos nuestros mapas, el lugar donde quedaron atrapados todos esos sueños que estaban ahí mismo, al alcance de los dedos.



BAGHEERA

Son dos gatas, una es un tigresa, la otra una pantera. Ambas llegaron de la calle y decidieron quedarse a compartir conmigo sus vidas, así de sencillo. Lo he comprobado muchas veces: existen gatos que buscan ser domésticos, el calor y la compañía, y otros que nunca entran en el redil, prefieren sus vidas breves y libres sin dar cuentas a nadie.

Esas dos formas de afrontar la vida me parecen igual de razonables. En los animales, pero sólo con los animales, ese tipo de decisiones siempre las respetamos. Con las personas no, cuando alguien se sale del camino trazado primero lo aplaudimos con sincero entusiasmo y luego deseamos verle caer. No podríamos soportar verle triunfar en aquello a lo que nunca nos atrevimos.

La gata atigrada elige con alma de actriz los momentos de sus apariciones. Desaparece casi todo el día en rincones que sólo ella conoce y se deja ver para aprovechar el calor de las sábanas en las primeras horas de la mañana, o para buscar un regazo en los momentos de televisión.

La negrita es la que me sigue a todas partes. Al principio, tan pequeña ella, con unos ojos enormes y hambrientos por saberlo todo. Ahora con el gesto ceñudo de quien sabe demasiadas cosas y nada la convence. Quizás esas dos cosas, sabiduría y tristeza, vayan unidas.

KHAN

En mi orgullo pensaba que me veía como un pequeño dios. Un ente milagroso encargado de su alimentación y juego a cambio de entregarme dosis de cariño escenificadas en pequeños rituales. Empiezo a sospechar que no es así, que existe una preocupación genuina hacia mi persona en tanto seguir mis pasos por la casa.

A veces estoy ante el ordenador y un correo o una revisión me hacen maldecir. Últimamente maldigo demasiado, en frases cortas y en un murmullo, como si tuviese miedo de ser escuchada en la soledad de esta casa que me devuelve un eco extraño que no logro ubicar.

En cuanto ella, la negrita, me escucha maldecir aparece corriendo para mirarme con gesto ceñudo que parece querer preguntarme algo que no se atreve a conjurar con maullidos. Me mira y se sube a la mesa, no es muy ágil y todo su cuerpo parece querer arrastrarla de vuelta al suelo, pero nunca se rinde y siempre logra hacer cumbre. Una vez arriba evalúa el terreno hasta localizar algún objeto, cualquier cosa, y lo arroja al suelo con un gesto rápido y preciso.

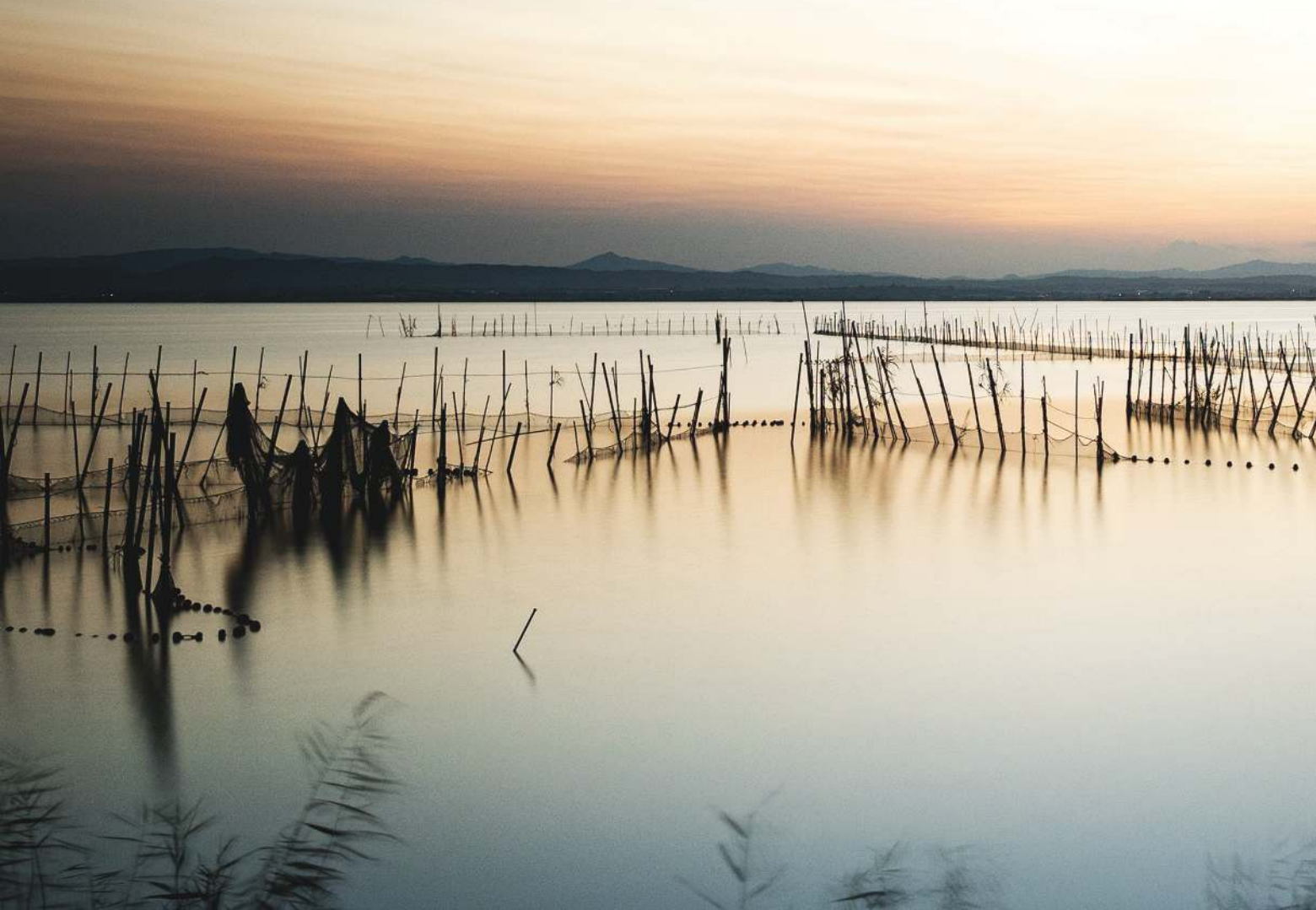
Entonces sonrío, no importa lo que haya tirado contra el suelo, sonrío. Casi siempre es la primera y la última sonrisa del día.

El guía espera con paciencia hasta que todos guardamos silencio a su alrededor y nos informa de que la zona que ahora pisamos con nuestras sandalias y deportivas era conocida hace siglos como “buharya”. Un nombre, nos explica, que de una forma libre podría traducirse como “espejo de sol”.

Sonrío con superioridad ante lo que me parece una frase manida y gastada. El típico discurso de un guía repetido mil veces ante un grupo de turistas deseoso de vivir experiencias únicas mediante paquetes de viaje estandarizados. Parece que ya lo hemos agotado todo, los sitios a los que ir y las palabras que decir. Y entre todo ese agotamiento, mi estúpida sonrisa no es más que una bandera de rendición.

A nuestras espaldas el sol ha ido desapareciendo dejando en su lugar un viento que barre las piernas desnudas y tostadas por el sol. La noche parece tener prisa por ocupar su sitio y el frío, junto una a especie de miedo primitivo a la oscuridad, hace que nos hayamos ido agrupando sin apenas darnos cuenta hasta parecer un grupo de pingüinos desamparados.

UN GRUPO DE PINGÜINOS DESAMPARADOS

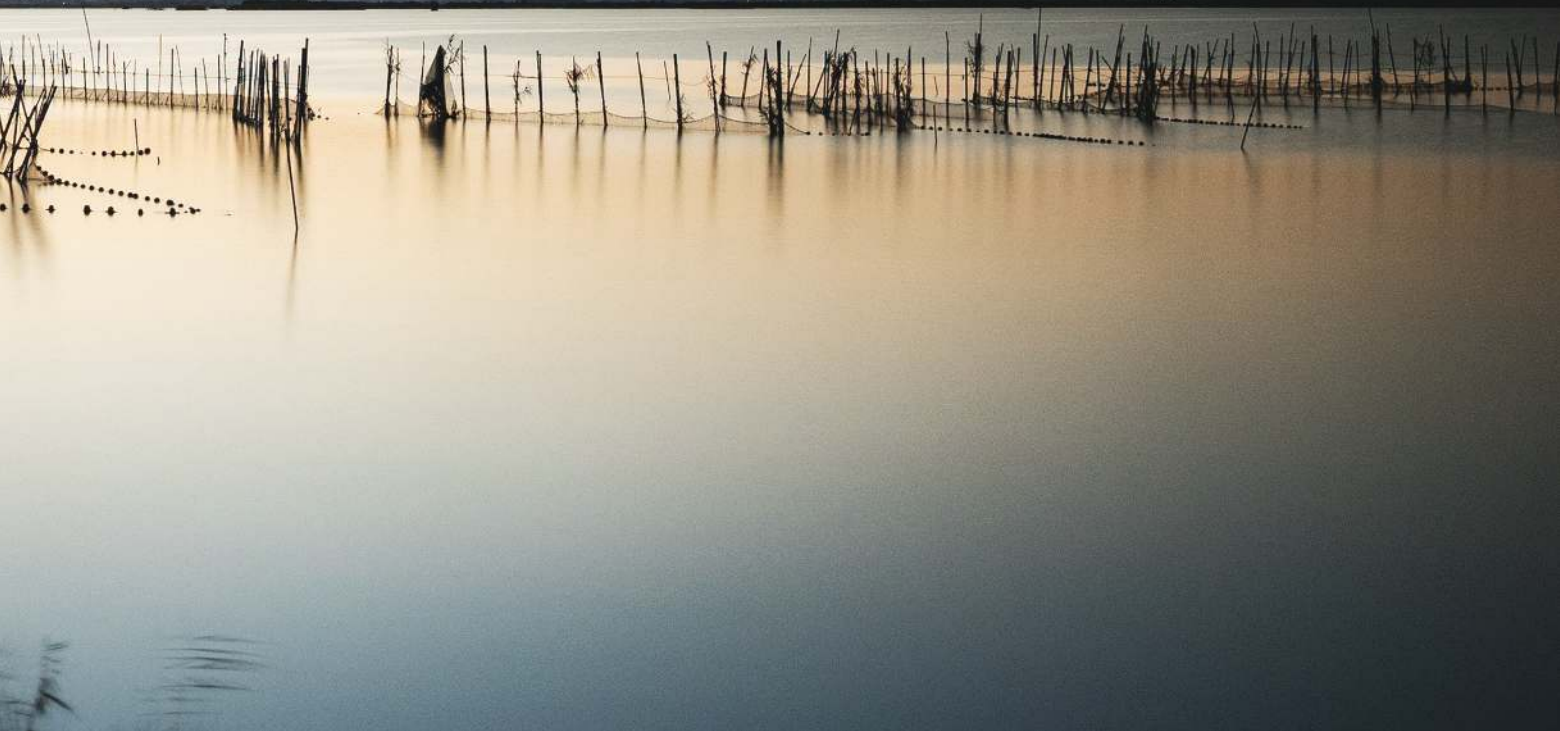


Ella no esta conmigo, ha decidido esperar en el coche, pegada al móvil, con los pies sobre el salpicadero y un gesto de disgusto que conozco a la perfección. En los últimos días parece estar enfadada de una manera constante y agotadora. No enfadada contra mi, más bien parecer estarlo contra una idea abstracta de la que yo soy su máximo representante… en realidad no lo sé, no puedo saberlo. Su enfado es un rompecabezas con piezas aleatorias de diferentes juegos que soy incapaz de armar. Escarbo entre las piezas y descubro que estamos ante un paisaje de una ciudad: asfalto gris, lo que parece una farola… sigo buscando y aparecen piezas de una pradera, flores llenas de colorido, una roca… nada parece encajar en su lugar.

Empiezo a preguntarme si ante la imagen final que obtendré al colocar la última pieza en su sitio habrá merecido la pena todo ese esfuerzo.

El coche a mis espaldas con ella dentro parece una fiera dormida a la espera de algo y el sol ante mis ojos, ese sol anunciado por el guía, se muestra ante mi como una promesa de algo que no tiene prisa por llegar.

¡Ahí esta el sol!, Grita el guía lleno de orgullo y extiende los brazos hacia el horizonte, como si fuese el único responsable de ese milagro que ahora se muestra ante un pequeño grupo de pingüinos tristes y desamparados.



El curilla lleva media hora mirando con el pulso acelerado las flores dejadas ante el altar por una de las feligresas. Un ramo grande y colorido que luce como un incendio en medio de la negrura de la pequeña parroquia.

Esas flores, tan abiertas, tan jugosas frescas y carnosas como ofreciéndose llenas de vida, le recuerdan demasiado al aparato reproductor femenino que vio hace muchos años, aunque el tiempo no ha difuminado el recuerdo, en un libro de biología robado de la biblioteca cuyas páginas acabaron casi transparentes de tantas veces como volvió a ellas en sus momentos de dudas.

Se afloja el alzacuellos y lo deja abandonado sobre una repisa. Siente sofocos, un ahogarse continuo del que no puede escaparse mirando a las vírgenes y los santos que le tienen rodeado y que ahora parecen mirarle llenos de lujuria con sus ojos vacíos y sus manos alzadas en éxtasis hacia los cielos. Intenta refugiarse en la oración, la vieja fórmula para ahogar el deseo repitiendo mil veces frases sin sentido que anulen el pensamiento. Pero es imposible porque entre sus piernas crece un hormigueo que creía ya olvidado.

Sabe quien es la feligresa de las flores. No, no lo sabe, pero lo sospecha. Una de esas viudas recientes que sin esperar plazos para el luto y el decoro se pasea casi liberada de un gran peso con sus piernas robustas y bien torneadas alrededor de unas medias negras que mueren en el abismo de la falda. Siempre lleva falda, lo recuerda a la perfección, de colores chillones como esas malditas flores, siempre unos dedos por encima del recato y bien ajustadas, insinuando un túnel oscuro ahí arriba... casi una promesa de algo más al alcance de los dedos.

De manera inconsciente el párroco mira a la tercera fila, el lugar habitual desde el cual ella domina todo el territorio de la pequeña iglesia, casi siempre vacía.

Y esas flores, esas malditas flores no son una casualidad. Son algo más, una señal, una invitación. Esas flores son la serpiente señalando el camino hacia la manzana.

Se acerca a las flores y sostiene el barato jarrón de plástico sobre su cabeza, dispuesto a lanzarlas al cubo de la basura cuando una puerta se abre a sus espaldas y el código en morse de unos tacones se acerca hasta el altar.

Veo que le han gustado las flores que he puesto esta mañana. ¿Verdad que son muy alegres? Dice una voz cantarina y melosa a sus espaldas.

El curilla mira desesperado al rincón donde yace el alzacuellos y que ahora le parece un objeto lejano y tan absurdo como un flotador en medio del desierto. Un salvavidas para alguien empeñado en ahogarse.

Se queda quieto, aún con las flores en alto y se gira lentamente. En ese instante le parece ver que el cristo del altar le guiña un ojo de complicidad.

LA VIUDA

El peral ha empezado a florecer. Lo que ha debido ser un proceso largo y meditado para convertir esos pequeños bulbos de color verde en una tormenta de flores blancas ha sido algo inmediato ante mis ojos. Un chasquido de dedos por parte del universo y esas flores aparecieron donde antes no había nada.

La naturaleza hace planes a largo plazo, proyectos meticulosos, grabados en lo más profundo de los genes de esas semillas que esperaron pacientes hasta encontrar la tierra, el clima y el momento para poder desarrollarse. Los científicos anotan, teorizan y sonríen ante mi ingenuidad, los soñadores llaman destino a esos planes y los locos, los locos ven a Dios en cada una de esas flores.

Las abejas se lanzan con frenesí sobre las flores. Se zambullen en picado y dejan sus regordetes traseros al aire intentando apurarlas hasta el fondo. Cuando emergen parecen nadadoras llenas de un polen que brilla al sol como purpurina. Es complicado saber si son felices cuando lo hacen, a mi me lo parecen, o si forman parte inexorable de ese plan que hace girar el mundo con pequeños impulsos.

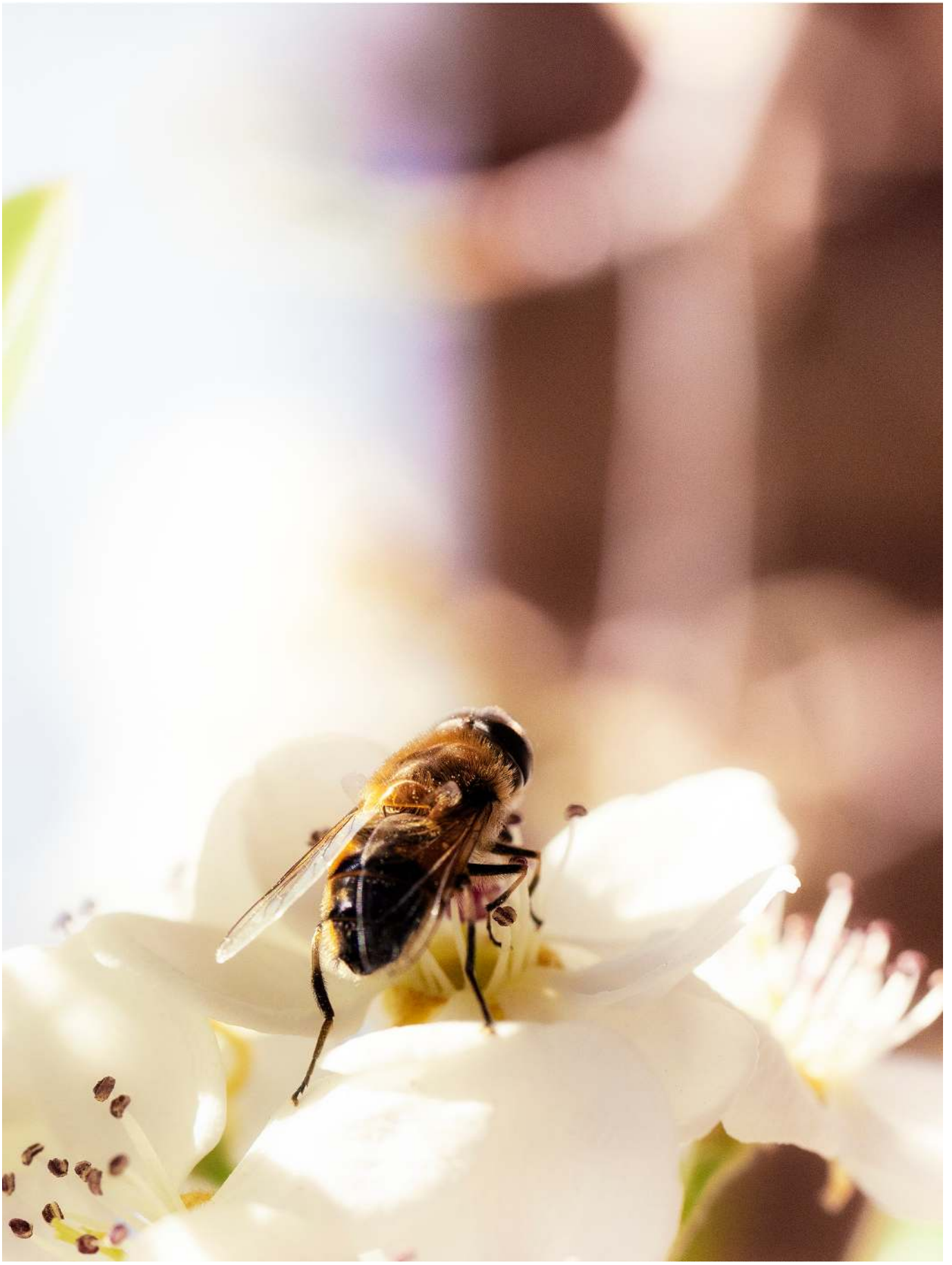
Hacia arriba, un salto cada vez en la escala evolutiva, todos podríamos preguntarnos lo mismo. Si todos nuestros planes, si tanto correr, si tanto mentir, si tanto soñar son de verdad algo nuestro o sólo estamos interpretando una partitura de la que no podemos apartarnos.

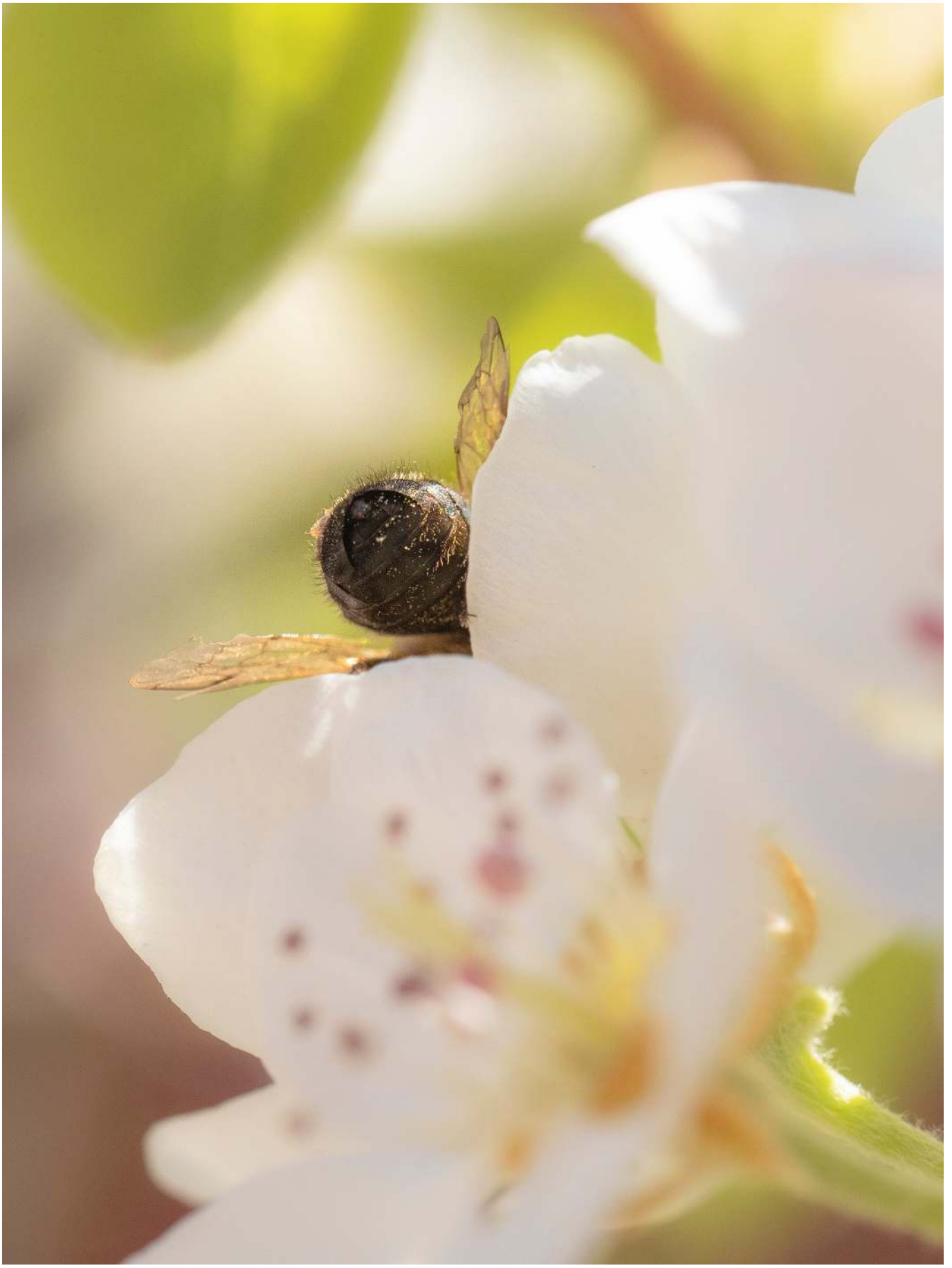
Hay ganas de primavera, lo veo en las abejas, en los gatos de casa que reconocen el sol con gesto de sorpresa y en esas ganas de correr que tienen, de subir, de estar siempre ocupados como si fuesen presos de infinitas obligaciones.

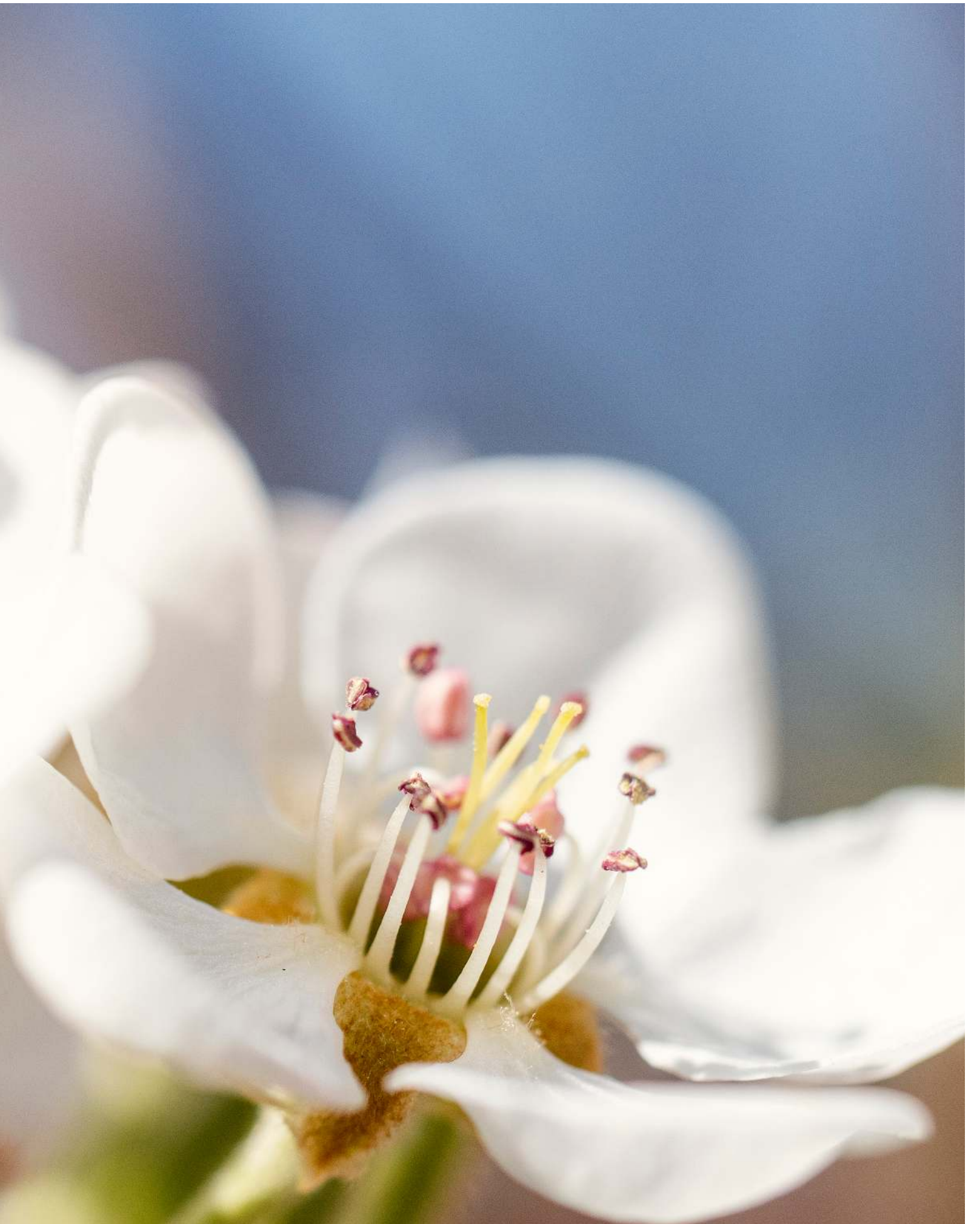
También lo veo en la gente, en como se reúnen en los parques, en los bancos de la plaza y hacen planes. Sueñan, sueñan todo el rato, lo veo en sus ojos. Muchos de esos sueños nunca saldrán de ahí, de la cabeza que los soñó y de la boca que intento hacerlos reales al pronunciarlos, pero quizás eso, el hacerlos reales, sea lo menos importante.

Hay muchos planes en el aire, flotando como un polen que intentamos recolectar como obedientes abejas para hacer algo con ellos. Nos aterra quedarnos de nuevo atrapados en un invierno sin ningún tipo de expectativas.

LAS FLORES DEL PERAL







El caudillo emite sonidos ahogados al masturbarse con la mano derecha mientras la izquierda, que sujeta una pluma estilográfica, tiembla sobre el papel contra el que firma las últimas sentencias de muerte apiladas sobre el pesado escritorio del despacho.

Ese solía ser el mejor momento del día, con al amanecer iniciando su lento ritual y el viejo palacio aún en un silencio de camposanto. Pero ya no, todo ha cambiado para volverse más incómodo, quizás se deba a la llegada del invierno que ha traído negros nubarrones que no logra explicar sobre su laureada cabeza.

Aquel enorme caserón tampoco ayuda. Con sus goteras eternas, casi imposible de calentar y atestado de gente que entra, sale, reclama y exige sin descanso. En fin, suspira, *somos soldados y debemos hacer sacrificios*. Así es la vida del soldado, la vida que han elegido, no entiende porqué les cuesta a sus hombres asimilar algo tan sencillo. Son la fiel infantería, deben avanzar hasta donde se les diga y dar su vida con alegría y resolución si así se les reclama.

De esa incomprensión nacen casi todas las sentencias de muerte que esperan sobre su escritorio, son el recordatorio último de que no deben olvidar sus obligaciones. Toma entre las manos la última que ha firmado y limpia distraído una pequeña mancha de la esquina inferior mientras lee el nombre que aparece sobre la línea de puntos, un teniente de artillería, muy joven. Recuerda a su padre, lucharon hombro contra hombro en los buenos viejos tiempos cuando todo era más sencillo. Quizás por eso el hijo se permitió olvidar su deber para solicitar, casi demandar, ante él y todo el estado mayor el cese del último y fallido ataque frontal con el que pensaban recuperar el mando de la capital.

Un chico joven y prometedor, ahora lo recuerda. Sujeta la hoja por el borde y se siente tentado de romperla, hacerla desaparecer. Pero no puede, él sí conoce sus obligaciones y es fácil, demasiado fácil, confundir la bondad con la cobardía, concluye dejando la hoja de nuevo sobre la pila.

El dictador se estira lentamente y toma aire antes de reunirse con el estado mayor que espera impaciente en la sala de los mapas. Siempre les hace esperar, deben aprender en que consiste la jerarquía. Jerarquía, obligaciones y obediencia, la vida del soldado.

Cuando cruza las enormes puertas de roble todos se cuadran hieráticos como estatuas y escuchan aterrorizados como el dictador mueve divisiones que hace meses fueron hundidas en el barro y agrupa regimientos totalmente diezmados para lanzar ataques sin ninguna línea de aprovisionamiento.

Todos asienten con admiración y fingen tomar notas. Cuando salen de la sala algunos lloran, pero la mayoría han aprendido rápido: dejan pasar unos días y vuelven con noticias de milagrosas victorias o derrotas a manos de oficiales que en su cobardía no supieron entender las órdenes y que pronto engrosarán la pila de hojas encima de la mesa.

El 25 de Noviembre, casi cumplido un año del glorioso alzamiento, un alférez vislumbra una columna de humo que avanza con decisión hacia el viejo caserón en lo alto de la colina. Enseguida se comunica con el puesto de observación donde le juran por lo más sagrado que ellos no ven absolutamente nada. El alférez, que aún no sabe el precio de dar malas noticias,

se acerca hasta el puesto de mando armado con unos prismáticos para observar aterrado a una columna de carros acorazados que, en perfecto orden y con la bandera enemiga al viento, avanzan decididos haciendo temblar la tierra con el viejo himno de la guerra. Es imposible desde su posición que el alférez sienta temblar la tierra, pero es obvio que lo hace, que tiembla como si el mismísimo Jesucristo la estuviese partiendo en dos.

El estado mayor se reúne en secreto y miran con reprobación al alférez que se encuentra a punto de recibir formación táctica de primera mano sobre como funcionan las cosas en las altas instancias. La única duda es si vivirá lo suficiente para hacer algo con tan valioso aprendizaje.

En la enorme sala el grupo de hombres guardan un silencio atronador. Unos se miran las manos y otros carraspean incómodos, pero la mayoría parecen muy interesados en contar las tablas de madera del suelo. Nadie parece querer subir a comunicar la mala nueva a la figura que se pasea nerviosa, pueden escuchar sus pasos, en los aposentos superiores. Es comprensible, son todos soldados veteranos, han sobrevivido a decenas de batallas esforzándose mucho en no hacer nada, que es la manera más segura de salir vivo de una batalla.

Al final, uno de los generales con el pecho lleno de medallas y orgullo patriótico, rompe el silencio y murmura. Ya es mala suerte que pase esto ahora, justo ahora, cuando estábamos a punto de ganar la guerra.

HORIZONTE

Me tranquilizan esas fotos en las que puedes colocar el horizonte a la altura del visor y despejar la toma de casi cualquier contenido. Alguien, algún profesor supongo, me dejó claro que ese tipo de fotos eran fotos sin contenido. Bonitas de ver y nada más. Fotos sin pretensiones, el mayor pecado que podíamos cometer contra el sagrado vínculo establecido con nuestras cámaras.

Recuerda, parecían querer decirme, somos artistas. Cargamos sobre nuestras espaldas una gran responsabilidad. Todo debe tener un sentido, contar una historia y todo debe ser un poco triste, denso, pesado. Agarrarte con unos zarcillos alquitranados y arrastrarte hasta el centro mismo de la toma.

Tarde muchos años en quitarme la culpa de encima y seguir haciendo fotos que sean simplemente bonitas. Pocas fotos pueden cambiarte la vida, eso ya lo he aprendido, pero aún creo que muchas de ellas, apiladas unas sobre otras, pueden cambiar tu visión del mundo.

El hijo del diablo ha posado sus dedos largos y arrugados sobre mis labios y me ha susurrado, *no te preocupes, ahora estamos juntos. Yo no te abandonaré*.

He recorrido la agenda de mi móvil desde la A hasta la Z y no he encontrado más que números comunicando. Tengo todas las respuestas y nadie que me haga las preguntas correctas.

En la calle el calor aplasta a las personas hasta volverlas manchas irreconocibles. Todos tienen prisa, todos desaparecen tragados por las bocas de metro. Salimos de un agujero, acabamos en otro y nos pasamos la vida entera queriendo y no queriendo entrar en otros agujeros . Es fácil que nos volvamos locos.

Me escondo en el apartamento y siento como se derrumba con lentitud a mi alrededor. Del techo caen montocitos de tierra de los que brotan a los pocos días unas flores tristes dignas de un epitafio y que mueren en un suspiro. Da igual lo que haga, ellas mueren. Corro por las habitaciones intentando salvarlas, las riego, hablo con ellas…. es inútil, ellas mueren.

El hijo del diablo contempla mis esfuerzos y grapa su sonrisa en mi cara. *No hay nada malo en ello, sólo debes aprender a perder*, me repite, *es la única lección que necesitas. Hay una trampa diseñada para cada generación, nadie escapa a su destino, ¿no lo entiendes?*

No he querido seguir escuchando sus palabras con olor a azufre. Me he refugiado en el baño armado con unas tijeras y me he hecho sangrar. Entonces lo he entendido todo, he salido al pasillo y he regado las flores con mi sangre.

Han empezado a florecer.

Una semilla que aterriza bocabajo girará ciento ochenta grados, raíz y tallo, hasta que se enderece. Pero una cría humana es capaz de saber que se encuentra mal posicionada y, aún así, considerar que merece la pena probar en esa dirección.

El clamor de los bosques. Richard Powers

R135
246

Las cosas y su infinita capacidad para seguir haciéndote daño. A pesar del tiempo pasado, por encima de las vidas vividas, indiferentes a tanto ir y venir, a tanta pelea sin sentido. Ellas esperan pacientes como arañas zen, inertes hasta el momento exacto y el lugar preciso para traerlo todo de vuelta.

Vuelvo a los viejos lugares como quien regresa a la escena del crimen. Me bajo en la estación del tren y sin apenas ser consciente comienzo a trazar el inventario de derrotas. En las afueras donde aún permanece, casi devorado por los edificios, el viejo estadio en el que fingimos animar hasta el éxtasis al equipo local, por las viejas calles hasta encontrarme ante aquel bloque inmenso de apartamentos blancos que se veían desde el dormitorio en el que levantamos barricadas, asaltamos nuestros cuerpos y nos hicimos promesas de eternidad.

Simples accidentes geográficos y biográficos. Nada de todo eso debería doler, pero las calles están sucias, el cielo esta sucio y todos nos movemos como cucarachas esperando ser pisoteadas. Nada de todo eso debería doler, pero duele. Nada de todo eso debería importar, pero importa. A veces parece que en realidad es lo que de verdad importa, el único resto del naufragio que querrías conservar.

Las cosas, los mapas y las calles son los mismos. Viven ajenos a nuestras vidas sin planear nada en nuestra contra, ni siquiera saben de nuestra existencia. Son mis ojos, sobre todo mi mirada, la que recorre unas líneas ya leídas buscando volver a sorprenderse.

Y no, no hay sorpresas. Somos copilotos silenciosos de un viaje sin sentido a la espera de ser abandonados en la primera área de servicio.

El aire fresco de la última hora de la tarde trae el olor de la vegetación descomponiéndose con una lentitud parsimoniosa y el rastro del agua ligeramente estancada de la acequia.

Son olores felices, me remiten a los aires de mi niñez, a un pueblo quizás demasiado idílico ubicado en mis recuerdos. Todo lo que nos traemos del pasado es mentira, los recuerdos, los ecos y las voces. Todo llega distorsionado al presente.

Ella no parece nada interesada en esa expedición por la selva de mi memoria. Ha mirado dos veces el reloj en los últimos diez minutos y parece muy concentrada en observar la puntera de unos zapatos rojos, elegantes y totalmente inadecuados para el territorio que exploramos.

Desconozco porqué lo sigo intentando. Estamos firmando el acta de defunción de algo que construimos con todo nuestro empeño y sólo nos queda levantar el cadáver, quemarlo y desperdigar al viento sus cenizas. De verdad que lo creo, que hicimos lo posible por construir algo hermoso y especial, algo que mereciese la pena durar en el tiempo. Quizás sea otro engaño más, no tengo forma de saberlo.

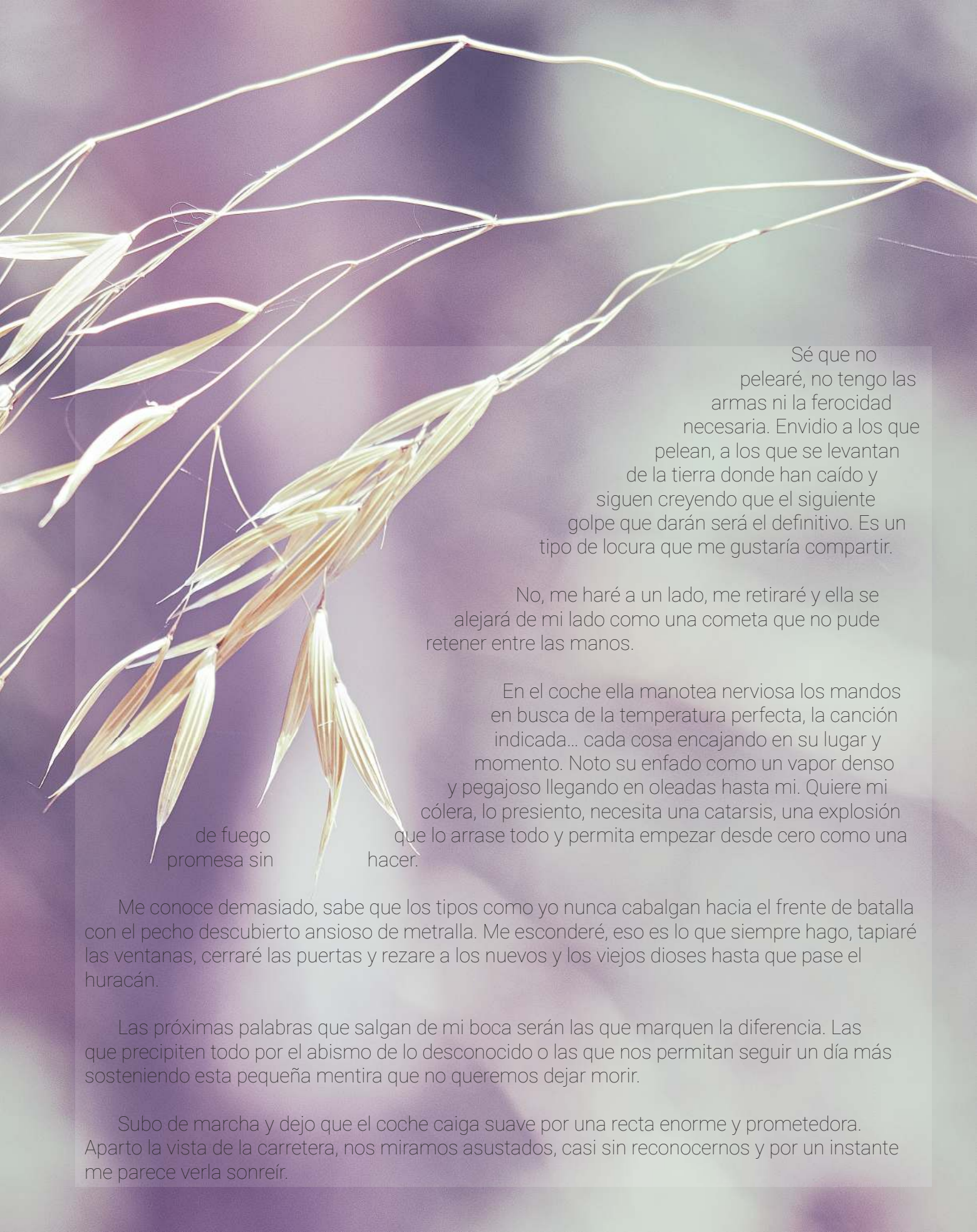
La he decepcionado, y contra eso no existe conjuro ni salvación alguna. Una mentira, quizás incluso una traición permitan el perdón y el olvido, pero no existe remedio contra la decepción. Esa es una piedra que Sísifo no puede subir hasta la cumbre, el gusano que acaba por corromper el lugar en el que habita.

Cuando nos conocimos había un futuro brillante ante nosotros. Más que brillante, lleno de posibilidades. Ella cumplió con su parte del trato, ya lo creo: cinco cambios de trabajo en tres años, todos en ascenso. Más dinero, más poder, la envidiable sensación de seguir un plan sin un solo fallo.

Excepto yo, yo soy ese fallo que hace saltar por los aires el engranaje. Encontré mi primer trabajo y ahí me quedé, sin ascensos, sin ruidos y sin nada, justo lo que quería. No fue una derrota, lo mio fue una incomparecencia en el campo de batalla cuando sonaron las trompetas. Quiero pensar que algo de culpa tuvieron mis padres porque ellos, a los que tanto debo, me educaron para ocupar un lugar pequeño en el mundo.

Te has rendido me dijo cuando empezaron los reproches y supe desde ese instante que me había convertido en un lastre para la vida que ella soñaba.

Ella vuelve a mirar el reloj. Hace cálculos en silencio, si nos vamos pronto aún podemos llegar a tiempo para hacer cualquier otra cosa. A eso se resume su tiempo conmigo, hacer cualquier otra cosa en cualquier otro lugar.



Sé que no pelearé, no tengo las armas ni la ferocidad necesaria. Envidio a los que pelean, a los que se levantan de la tierra donde han caído y siguen creyendo que el siguiente golpe que darán será el definitivo. Es un tipo de locura que me gustaría compartir.

No, me haré a un lado, me retiraré y ella se alejará de mi lado como una cometa que no pude retener entre las manos.

En el coche ella manotea nerviosa los mandos en busca de la temperatura perfecta, la canción indicada… cada cosa encajando en su lugar y momento. Noto su enfado como un vapor denso y pegajoso llegando en oleadas hasta mi. Quiere mi cólera, lo presiento, necesita una catarsis, una explosión de fuego que lo arrase todo y permita empezar desde cero como una promesa sin hacer.

Me conoce demasiado, sabe que los tipos como yo nunca cabalgan hacia el frente de batalla con el pecho descubierto ansioso de metralla. Me esconderé, eso es lo que siempre hago, tapiaré las ventanas, cerraré las puertas y rezare a los nuevos y los viejos dioses hasta que pase el huracán.

Las próximas palabras que salgan de mi boca serán las que marquen la diferencia. Las que precipiten todo por el abismo de lo desconocido o las que nos permitan seguir un día más sosteniendo esta pequeña mentira que no queremos dejar morir.

Subo de marcha y dejo que el coche caiga suave por una recta enorme y prometedora. Aparto la vista de la carretera, nos miramos asustados, casi sin reconocernos y por un instante me parece verla sonreír.

Arden en mi memoria palabras que hubiese querido olvidar. Se consumen en un fuego que no cesa y que deja un rastro visible sobre mi piel. No son heridas, son tatuajes que contemplo al mirarme en el espejo y que intento, de momento sin lograrlo, entender y descifrar.

Me educaron para creer que los golpes recibidos eran valiosas lecciones, parte de un aprendizaje que, envuelto en el engañoso envoltorio de la experiencia, me ayudaría a afrontar la enorme recta final que sería mi vida. Una vida, era el mensaje implícito, que sólo tendría sentido si lograba obtener de ella aquello a lo que estaba destinado.

Destino, esa es otra de esas palabras que no logro descifrar. Destino, orgullo, honor, paciencia… palabras que parecen querer decir una cosa y que se convierten en otra diferente cuando dejas de mirarlas.

Empiezo a sospechar que llega un momento en que ya no se aprende nada y sólo queda derribar todo lo que asumimos como verdadero. Que esos tatuajes sobre la piel no pretenden ser mensaje ni enseñanza. Son sólo un recordatorio ante el espejo de las cosas que perdimos, las que renunciamos por cobardía… las que no sabíamos ni tan siquiera que existían.

RAINBOW IN THE DARK

La terraza del hotel finaliza sin avisar ante un pequeño acantilado. Una pista de aterrizaje sin ningún destino porque abajo sólo aguarda el mar rugiendo ansioso, casi una respiración, y una oscuridad que parecía querer apoderarse de todo.

Te acercaste por detrás, pude escuchar tus pies desnudos sobre la gravilla y sentir el olor de animal asustado que siempre parecía acompañarte en aquellos días.

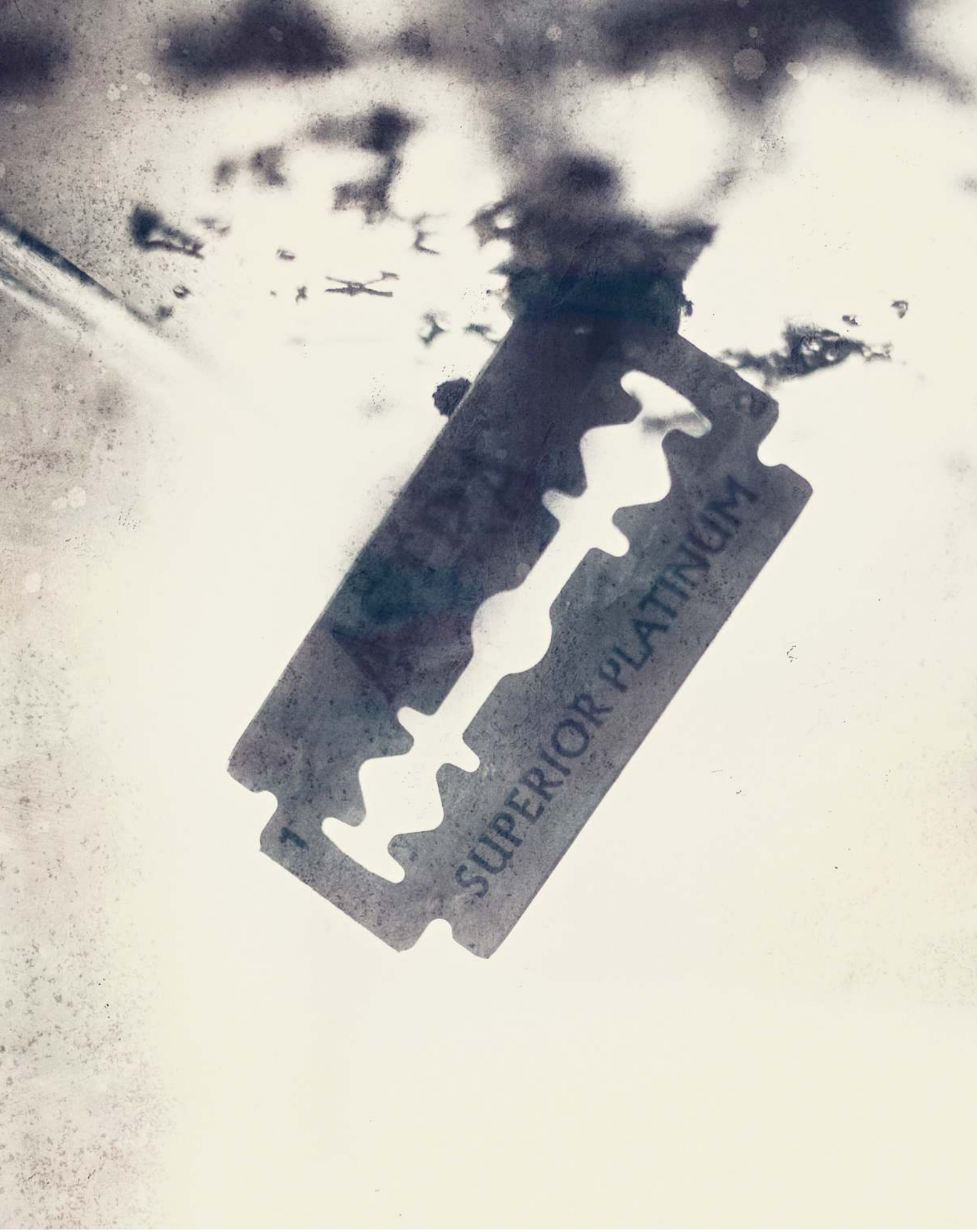
No dijiste nada, deslizaste unas manos finas y huesudas debajo de mi chaqueta y dejaste reposar tu cabeza junto a la mía. El vaho de nuestras respiraciones parecía danzar sobre nuestras cabezas iluminado por un puñado de estrellas que luchaban ahí arriba por abrirse paso entre la oscuridad. Contemplábamos en silencio esos pequeños puntos luminosos extinguidos hace millones de años porque, ¿qué se puede decir ante algo tan abrumador?

¿Crees que alguien habrá escrito una canción sobre esto?, Preguntaste acercando un poco más tu cuerpo contra el mio.

Por una vez, pensé, tengo la respuesta exacta a una de tus preguntas.

I cry out for magic, I feel it dancing in the light
It was cold, I lost my hold
To the shadows of the night
No sign of the morning coming
You've been left on your own
Like a rainbow in the dark

Rainbow in the dark. Dio


SUPERIOR PLATINUM

Ha grabado sus iniciales sobre la mesa con una cuchilla de afeitar. Una cuchilla de las antiguas que no son más que una placa muy fina de metal con los bordes afilados. No sé de dónde la habrá sacado,eso es lo primero que pensé, que hacía años que no veía una cuchilla de ese tipo.

Cuando ha levantado la cabeza de la mesa nuestras miradas se han cruzado y sus ojos han intentado emprender la huida. Ha encogido los hombros y ensayado una especie de sonrisa. *Estoy bien*, me dice, *sólo me siento un poco atrapado*. Eso me dice, como si estar atrapado no fuese un absoluto que no admite puntos intermedios, o lo estás o no lo estás. Parece sorprendido, no triste, como si se hubiese levantado por la mañana y hubiese descubierto toda su vida convertida en un laberinto.

La casa olía a cerrado, un aroma denso que parecía hacer aún más pequeñas todas las habitaciones, como si los objetos se hubiesen ido acercando hacia nosotros, centímetro a centímetro, cuando no mirábamos. Empecé a sacar los comestibles de las bolsas mientras me demoraba todo lo posible en colocarlos en su sitio intentando mantener una conversación que devolvía en forma de monosílabos. Me sentía triste, me sentía culpable, la puñetera sensación de estar huyendo de aquella casa otra vez. Huyendo de su tristeza y de aquella cuchilla que trazaba surcos sobre la madera y a la que no podía dejar de mirar.

He regresado a mi casa en metro. Me sentía sin ganas de caminar, sin aire ni fuerzas. A la salida, un vagabundo me ha tomado del brazo pero no me ha regalado la típica letanía de los que duermen calle. No, ha estirado mi brazo hacia abajo intentando acercar mi cabeza hacía sus ojos inyectados en sangre y unos dientes amarillentos que hedían aún antes de llegar a oler su aliento. Ha clavado sus ojos llenos de venas y manchas y me ha susurrado, *sabes que estamos atrapados, ¿verdad que lo sabes?*

LA FOTO PERFECTA

Creo que las cámaras de fotos tienen algo de seres vivos. Al menos esa es la sensación que me transmiten cuando las tengo entre las manos: de algo que palpita, que es capaz de expresar cosas en un idioma que puedes tardar toda una vida en comprender.

Eso explicaría mi sentimiento de culpa cada vez que paso por delante de la estantería donde guardan silencio todas las cámaras que he ido relegando al olvido a lo largo de los años. Pienso que deberían estar destinadas a algo más grande que estar ahí, sirviendo de objetos de exposición. La mayoría aún funcionan sin problemas, y si tuviese que sincerarme ni tan siquiera sabría explicar porque corrí a comprar nuevos modelos que me prometían, esta vez sí, hacer la foto perfecta.

También sé que los viejos modelos miran con algo a medio camino entre el recelo y la sabiduría zen a las nuevas cámaras, tan grandes ellas, tan rápidas y con tantas opciones. Saben que su tiempo es también finito, que en algún momento acabarán todas juntas en alguna estantería. Por muchos píxeles que acumulen, por mucha nitidez que prometan, siempre serán sustituidas por otra promesa de hacer la foto perfecta.

Nos fuimos a vivir a la periferia, un espacio difuso donde la ciudad perdía todo su empuje y el campo, un campo feo y triste, empezaba a luchar por recuperar su territorio. Sobre nuestras cabezas cruzaban las líneas de alta tensión, siempre vibrantes, eran el corazón que alimentaba una ciudad palpitante en la lejanía.

Todas las construcciones allí eran nuevas, indistinguibles entre ellas y casi tan anónimas como los rostros que nos cruzábamos cada día. En medio de los bloques de viviendas se alzaba, como un faro que regía nuestras rutinas, un centro comercial inmenso al que acudíamos puntuales cada domingo con un fervor religioso.

Lo habíamos apostado todo a una vida que nos parecía correcta. La vida que nos habían enseñado a desear y perseguir.

Mientras pudimos creer en ella todo fue maravilloso.

Los problemas empiezan cuando tropiezas con el decorado, cuando descubres el truco de magia por primera vez porque entonces ya no puedes volver a creer en el mago. Empiezas a rascar las nubes del cielo hasta que aparece el sucio fondo de cartón y entonces todo se vuelve aterrador.

Apenas había viejos en aquel barrio, era algo extraño, quizás tengan prohibido, ellos y sus achaques, pisar por esas zonas para no estropear la tramoya entre la que vivíamos. Sufría cada vez que me tocaba visitar a mis padres, siempre a disgusto y con una excusa en la boca para irme lo más pronto posible. Me dolía verles cada vez mas viejos, enlazando ideas gastadas sin orden, repitiendo las cosas en un inútil intento de retenerlas… pero era un dolor falso el mio. No era más que una proyección de mi futuro, cuando me llegase el momento de mendigar una visita a mis hijos.

Por suerte no tuve hijos, me ahorré esa tristeza. Ahí no seguí la vida que se esperaba de mi, quizás ese fue el punto donde las cosas empezaron a estropearse.

En aquellos años teníamos todas las piezas en nuestras manos y no supimos hacer nada con ellas. Nada de lo que sentirse orgullosos, nada que dejar tras nosotros.

Acepto mi parte de culpa, no supe llegar a tiempo, todo sucedía demasiado pronto o inevitablemente tarde. A veces parece que todo se reduce a encontrar la respuesta correcta cuando el concurso ha terminado, el presentador duerme en su casa, todas las luces se han apagado y ya nadie espera nada de ti.

He vuelto a pasar por allí muchas veces y ya no queda nada de mi vida de entonces. Sólo las torres de electricidad, que siguen vibrando ajenas a nuestras vidas. Como debe ser: no somos nada, no debemos pretender ser nada. Quizás así seríamos de verdad felices.

UN SUEÑO PEQUEÑO Y MANEJABLE

Mi primer contacto con la fotografía fue, como el de tantos otros, con una cámara heredada y carretes Ilford en blanco y negro. No recuerdo el motivo de usar esos carretes pero siempre fui fiel a ellos, supongo que alguien a quien admiraba los usaba. Aún hoy creo que el éxito se esconde en repetir los viejos rituales de los que llegaron primero.

Soñaba con ser fotógrafo y con irme del barrio donde crecí, creo que eso era todo. No recuerdo momentos felices en aquellas calles que tanto fotografié. Tampoco tristes, eso es cierto, recuerdo esos años como un enorme vacío en blanco y negro.

Todos mis planes consistían en huir de allí, así lo veía entonces, como una huida, como una especie de traición al futuro que me esperaba. Con huir de allí y con tener una pequeña habitación donde poder revelar mis fotos. Así de pequeños y manejables han sido siempre mis sueños.

Cuando apareció la fotografía digital la abracé con entusiasmo y abandoné el blanco y negro. Estaba extasiado con esos colores tan vivos y brillantes que aparecían al pasar las fotos por la magia del ordenador.

Debe ser cierto que todas las vidas tienen algo de trampas circulares porque, tras ese largo paso por lo colores, he seguido usando el blanco y negro en muchas fotos. La mayoría de ellas parece que salen así, en blanco y negro, desde la cámara. Como si el acto de simplificarlas al máximo quitando los colores le otorgase otra vida, otros significados.

Nunca tuve aquel cuarto de revelado soñado en mi adolescencia ni logré escapar muy lejos del barrio de mi infancia. Mis sueños siguen siendo pequeños y confortables, algo que debería ser fácil de alcanzar, a punto de tocarlos con la punta de los dedos, pero siempre parecen encontrarse un paso por delante de mi realidad.

UNA ESPECIE DE ETERNIDAD

Cuando me encontraba en un libro, una película o una conversación con alguna de esas frases que te erizan los pelos del cogote, corría a apuntarla en el primer trozo de papel que encontraba. Una vez a salvo de la desmemoria doblaba el papel con cariño y lo dejaba caer en la mochila, entre algún cuaderno o en el propio libro que estaba leyendo para que sirviese de meta-anotación.

Era algo curioso, pasaban las semanas o los meses, buscabas cualquier otra cosa y de repente, al meter las manos en el bolsillo, te surgía un trozo de papel maltratado y un poco ajado, a veces un puro palimpsesto incomprensible tras pasar por la lavadora. Desdoblabas el papel con curiosidad y volvías a masticar la frase, la girabas de nuevo bajo otra luz y sus destellos devolvían otro mensaje. Las palabras habían cambiado su significado porque tú habías cambiado con ellas.

Esa es la magia de las palabras.

Después me compré un libro electrónico y todo se volvió más metódico. Pones el dedo acusador sobre la pantalla, lo deslizas hasta el final y todo queda etiquetado, archivado y almacenado.

Todo se ha vuelto más ordenado, más reglamentado… más aburrido.

Mientras hacia la foto de ahí arriba a esas tres generaciones, abuelo, hijo y nieto intentando cruzar las rocas sobre el mar contra un cielo de tormenta, me acordé de Benedetti. Seguro, pensaba, que el Uruguayo había escrito algo sobre ese mismo tema en algunos de esos libros suyos que lees como quien sube por una escalera demasiado larga de la que quieres conocer el final.

Al volver al hotel mi fiel libro electrónico me entregó la respuesta exacta: Benedetti, la tregua y una página y un párrafo a modo de coordenadas.

Nos hemos rendido al Dios de los ceros y de los unos, toda la información a nuestro alcance y nada que hacer con ella. Todo lo que hemos perdido de romanticismo lo hemos ganado en precisión y es difícil no pensar que algo nos hemos dejado en ese camino.

Ah, sí, la frase.

Ese mar es una especie de eternidad. Cuando yo era niño, él golpeaba y golpeaba, pero también golpeaba cuando era niño mi abuelo, cuando era niño el abuelo de mi abuelo. Una presencia móvil pero sin vida. Una presencia de olas oscuras, insensibles. Testigo de la historia, testigo inútil porque no sabe nada de la historia. ¿Y si el mar fuera Dios? También un testigo insensible, una presencia móvil pero sin vida.

Cada año miles de personas se lanzan a una incierta búsqueda para lograr encontrar la playa perfecta, la arena más fina y el trozo de playa menos concurrido.

Dejan todo a sus espaldas, hogares, trabajos y promesas atraídos por una especie de sueño colectivo. Es fácil reconocerlos vagando sin rumbo por los arcenes de las autopistas, esperando desnortados en los aparcamientos de los centros comerciales. Cuando hablas con ellos no sabrían decirte el porqué de esa búsqueda, hay algo extraño en sus miradas, algo que no es fácil de explicar. Algo que, si no tienes cuidado, podría atraparte.

A veces, al despedirte de ellos, te entregan algo de lo que han recogido en el camino, un trozo gastado de cristal que brilla como un raro caleidescopio, una concha, pequeña y retorcida como una promesa. Te lo entregan como un preciado tesoro, mucho más importante que todo lo que han dejado a sus espaldas.

No todos lo logran, muchos desaparecen sin dejar un rastro al que aferrarse. No regresan a sus antiguas vidas, pierden el camino de vuelta y son llorados con rabia por sus familias durante meses antes del olvido definitivo. Sólo las madres son capaces de llorar el resto de sus vidas atrapadas en un recuerdo.

Todos lo saben, cuando comienzan el camino saben que el éxito no le es prometido a nadie. Conocen los peligros, las dudas y los miedos, pero ninguno retrocede una vez dado el primer paso. La playa perfecta espera a aquellos que sepan resistir, a los que no albergan dudas en esa mirada extraña que el resto de nosotros no sabría explicar.

BUSCANDO EL MAR

EL ALMA DE LOS RELOJES

Ella es poseedora de una fe inquebrantable, he podido comprobarlo en demasiadas ocasiones. Respuestas sencillas para problemas complejos, un “Dios proveerá” como respuesta ante cada encrucijada del camino.

Es la sumisión de las ovejas camino del matadero. Que no preguntan, que no cuestionan, sólo esperan su destino.

Lleva tres días abrazada al viejo crucifijo de su abuela para no terminar de ahogarse. Lo arrastra a todas partes, largo y pesado como una condena que amenaza con devolverla de vuelta al pozo. A veces escucho sus rezos, peticiones sencillas casi al borde de las lágrimas, pero nunca una respuesta ni un acuse de recibo al otro lado de sus plegarias.

Toda su fe me suena a rollo vudú, a magia absurda. Si das tres vueltas sobre ti misma antes de salir de casa, si evitas pisar descalza los azulejos fríos antes de beber agua por la noche, todo irá bien, ¿verdad, mamá? Dime que sí, es lo único que quiero escuchar, que todo saldrá bien. Que las niñas buenas siempre encuentran el camino de vuelta a casa y al príncipe esperando con los pies ante la chimenea del hogar.

Un puñado de tradiciones y de creencias sin sentido con las que creció desde niña. Viejos rituales que vienen y van, que intentan evitar los males. Demorar un futuro ya escrito y sellado, detener un tiempo para el que somos ajenos.

Pero los relojes no tienen alma, mamá, vienen y van indiferentes a nuestros rezos. Te dan la misma hora a ti y tus crucifijos que a Satanás. Esa es la pura verdad, mamá. No podemos detener el tiempo ni podemos dejar de ser lo que somos.

La muerte vive en los relojes, pero ellos no lo saben, qué van a saber. Giran y giran sus manecillas y en cada vuelta que dan nos arrancan un trozo de nuestras vidas.

Sólo cumplimos con nuestro trabajo, nos dirían, ajenos por completo a vuestras desdichas. Y es verdad, no es culpa suya, son nuestras manos quienes los ponen en hora y dan cuerda cuando se encuentran a punto de desfallecer.

Los árboles genealógicos crecen hacia abajo. No son ramas lo que representan, son raíces hundiéndose en la tierra de los muertos. Las raíces más largas nunca llegarán a ver la luz del sol, se encuentran condenadas a vagar en la oscuridad por la tierra de las almas perdidas y de la magia. En ese terreno donde nacen la locura y los rituales que nunca te llevan de vuelta a la luz.

Todos queremos ser salvados pero a los relojes eso no les importa, no puedes suplicar clemencia a un reloj. Esa es la pura verdad.

Estaba ante la puerta de casa de mi madre, a punto de poner fin a la visita quincenal que suelo acabar convirtiendo en mensual, cuando mi madre me ha encasquetado una bolsa enorme y negra de basura.

–*Toma*-, me ha dicho a modo de explicación. –*Son algunas cosas tuyas de cuando eras pequeño, algunos juguetes, fotos y cartas. Ya sabes*-, ha concluido como si dictase una sentencia, –*cosas de esas*-.

Eso es algo que hace mucho mi madre en los últimos meses, rebusca cosas por las casa, las mueve, las etiqueta, intenta encontrar nuevos dueños para las viejas cosas. Se está despidiendo de sus posesiones, de la casa… supongo que de todos nosotros.

Mi madre ha dejado de creer en las cosas, en la fuerza de esos objetos acumulados por generaciones de personas que pasaron por las habitaciones de una casa que empieza a sentir demasiado grande.

Con cada pieza que quita la casa parece desmoronarse un poco más, pero sólo los ladrillos del hogar, la parte física. Nuestra familia como institución, como un grupo unido de personas, hace mucho tiempo que desapareció ahogada en el tiempo, en nuestras discusiones, en las viejas rencillas… las familias que sobreviven son las que logran engañarse, el resto acaban devoradas hasta los huesos.

Quizás mi madre y yo acabaremos por ser dos extraños que se cruzan sin reconocerse y ahora sólo estamos tomando posiciones, repartiendo el terreno donde se producirá el asalto definitivo

He arrojado la puñetera bolsa sobre al asiento del copiloto sin atreverme a mirar en su interior. Casi toda mi infancia se basa en una feliz amnesia. Un proceso de derribo del que sólo han quedado un puñado de dichosos fogonazos inconexos. Mi hermano corriendo en el huerto detrás de unas gallinas, un beso robado a mi primera novia, el primer viaje fuera de España… Quizás ni tan siquiera sean mis recuerdos, quizás sean recuerdos prestados, construidos a través de viejas historias y fotografías mohosas. No lo sé, tampoco quiero saberlo.

No hay tristeza ni alegría en mis recuerdos. Es lo que he elegido.

Abrir esa bolsa que yace muda a mi lado, concluyo, me obligaría a unir la línea de puntos hasta componer la foto final de algo que no quiero ver. Freno en seco en el arcén y el coche que viene detrás me lanza un puñado de ráfagas enloquecidas mientras el conductor, me resulta gracioso, grita mudo tras los cristales del coche.

Tomo la bolsa entre mis manos decidido a lanzarla por la ventanilla del copiloto, hacerla desaparecer como algo que no ha existido nunca. Pero algo me lo impide, en el último instante el rostro de mi madre me lo impide. ¿De verdad ella quería deshacerse de esas cosas, o quería salvarlas?, Entregarlas antes de que el tiempo y el olvido las devorasen.

Sobrevivir, para qué, ¿para ver aquello en lo que te has convertido?, Qué ignominia. Joder, joder.

UNA FELIZ AMNESIA

EL MUNDO EN TUS MANOS

Extiende la mano en mi dirección con la sonrisa traviesa de un niño poseedor de un secreto que podría salvarnos. Entre las líneas de la vida de su palma palpitan tres pastillas, roja, verde y azul que lucen fluorescentes bajo la iluminación de la sala.

Tomo una y la trago sin pensar, hace ya mucho que hemos dejado atrás el tiempo de las preguntas. Él asiente satisfecho de mi decisión y se toma las otras dos. Nos disponemos a cabalgar una depresión que nunca llegaremos a domesticar.

Las pastillas han llegado salvadoras en el momento exacto en que todo se estaba volviendo demasiado real. Demasiado ruido, demasiadas conversaciones de cosas que no logro comprender.

Los rostros se mueven deprisa, eléctricos, es imposible retenerlos. Son caras de gente llena de vida, de opciones, de ideas… vidas con una brújula apuntando en alguna dirección. Una chica que tiene unas tetas diminutas hace tatuajes a estrellas del rock, otro se dedica a "montajes audiovisuales" y alguien me susurra al oído que invierte en criptomonedas, criptodivisas, me corrige enfadado la segunda vez que lo digo mal.

Todos parecen tener un plan maestro y mucha prisa por cumplirlo. Parecen tan luminosos, tan reales en todo lo que hacen que siento lágrimas de felicidad al poder compartir ese instante con ellos. Son poseedores de una sensación que nunca he conocido, la de tener el mundo girando entre las manos.

Pero en seguida esos rostros desaparecen y todo vuelve a girar rápido a mi alrededor para llevarme de regreso al pozo del que quizás no he salido en los últimos diez años. El oleaje de mi memoria deja la palabra depresión boqueando sin oxigeno en la arena, pero me niego a aceptarla, a devolverla al mar. Nunca usaremos la palabra depresión, la hemos arrancado con una cuchilla de afeitar de nuestros diccionarios. Miradnos, llenos de conceptos vacíos, de palabras huecas, de planes y diversión que nos dejan siempre en el punto de partida. Esa palabra maldita se disuelve como las pastillas en mi boca.

La música se acaba, la bebida se calienta y el final de la noche nos recibe ante la orilla del río. Todos parecemos nerviosos y nadie sabría decir cómo hemos acabado allí: alguien lo propuso, alguien dio el primer paso y el resto no encontramos las palabras adecuadas para negarme. Así se resumen todas la decisiones de mi vida.

Parecemos víctimas de un cliché en una película de adolescentes, pero ya es demasiado tarde para hacer preguntas inteligentes, sólo podemos seguir con el papel que nos han dado. Nos quitamos las ropas un poco humillados y dejamos que las aguas negras nos devoren.

Resbalo entre las piedras, aguanto la respiración y pienso en lo sencillo que sería todo si fuese capaz de dejar de luchar. Abro los ojos y compruebo aterrado las luces de la ciudad demasiado lejos, me he quedado sólo en medio de la corriente. Me vuelvo lúcido por un instante y comienzo a nadar hasta la orilla salvadora. Durante un breve instante de pánico los brazos no responden, mis piernas no son capaces de impulsarme.

Abrazamos la locura como quien se sube al último tren nocturno en un andén lleno de nieve y sin un destino definido. Y en esa locura encontramos cierta alegría, difusa y breve, que nos impulsa con suavidad hasta el día siguiente.

Porque todo se reduce a eso, a llegar vivos hasta al día siguiente.

La liebre era necia y orgullosa, la tortuga sabia y paciente. Todos hemos escuchado esa historia, fábulas es el nombre que reciben. Historias con alguna moralina escondida en su interior: no te salgas del camino, obedece a tus mayores, piensa en el mañana.

Representan una forma de llevarnos por el camino correcto sin que sea demasiado evidente que nos están vendiendo su versión de los hechos, lo que nuestros mayores consideraron sagrado y correcto. Algún día aquellos que nos contaron esas historias nos decepcionarán de manera definitiva, algún día morirán y nosotros, sin apenas ser conscientes, replicaremos como un virus esas enseñanzas que nunca llegamos a cuestionarnos.

Pero lo cierto es que la historia la escriben los vencedores con la sangre de los vencidos y eso es algo que las fábulas nunca nos contarán. ¿De verdad quieres ser recordado?, Haz que te odien, ¿quieres ser inmortal?, Deja el mundo en llamas a tus espaldas.

No puedes ser el favorito de Dios pero sí puedes hacer que se aprenda tu nombre.

Nadie sabe lo que ocurrió exactamente aquel día en el bosque. Todos los que hablan de aquello dicen estar en posesión de la verdad, pero si juntamos todas las piezas nunca obtendremos la realidad, sólo cientos, miles de reflejos distorsionados. Quizás si uniésemos todos con paciencia, si encontrásemos la forma de cada hueco, hallaríamos la verdad. Pero nunca lo haremos, nadie quiere saber la verdad, sólo buscarla.

En las madrigueras de los bosques, ocultos entre las sombras de los abedules se cuentan historias de viejos rituales llenos de sangre. Si quieres el valor de tu enemigo, arráncale el corazón, si quieres su visión, hazte un collar con sus ojos.

Nadie hace caso a esas historias, son viejas como el propio tiempo pero se siguen contando como si fuesen reales y los animales más jóvenes tiemblan y se esconden al fondo de sus madrigueras al escucharlas. Narraciones que hablan de una magia olvidada, la que estaba en todas las cosas antes del tiempo de los hombres cuando el bosque de abedules en el que viven era un único y solitario árbol tanteando con sus jóvenes raíces un mundo desconocido.

La tortuga ganó, eso es todo lo que sabemos. Eso y que unos días más tarde la liebre apareció masacrada justo en la línea de meta y que nadie volvió a retar a la tortuga a ninguna carrera.

LA TORTUGA Y LA LIEBRE

Tres ratones se han reunido sobre mi mesa al calor del sol de la primera hora de la mañana. Hablan de sus vidas, vidas sencillas, vidas de ratón. Los tres son ciegos, pero cada uno lo es de una manera distinta.

El primer ratón nació ciego, su mundo se compone de olores y sensaciones que llegan en oleadas químicas hasta su hocico.

El segundo se niega a ver. Cierra los ojos y espera que al abrirlos todo lo malo haya desaparecido. Ese truco tan sencillo casi siempre funciona bien y cuando no es así se pone muy triste. Son unos ojos que sólo reflejan el mundo, no lo asimilan, nada se queda retenido en ellos.

El tercer ratón sólo ve lo que quiere ver, nada más. Suple su estupidez con una imaginación desbordante que le hace ver manjares y palacios donde otros ven descomposición y ruina.

Mi gato se sube a la mesa atraído por el parloteo incesante de los tres roedores y mira desafiante al pequeño grupo reunido sobre la madera.

¿Qué es eso?, Grito el primer ratón olfateando el aire confundido.

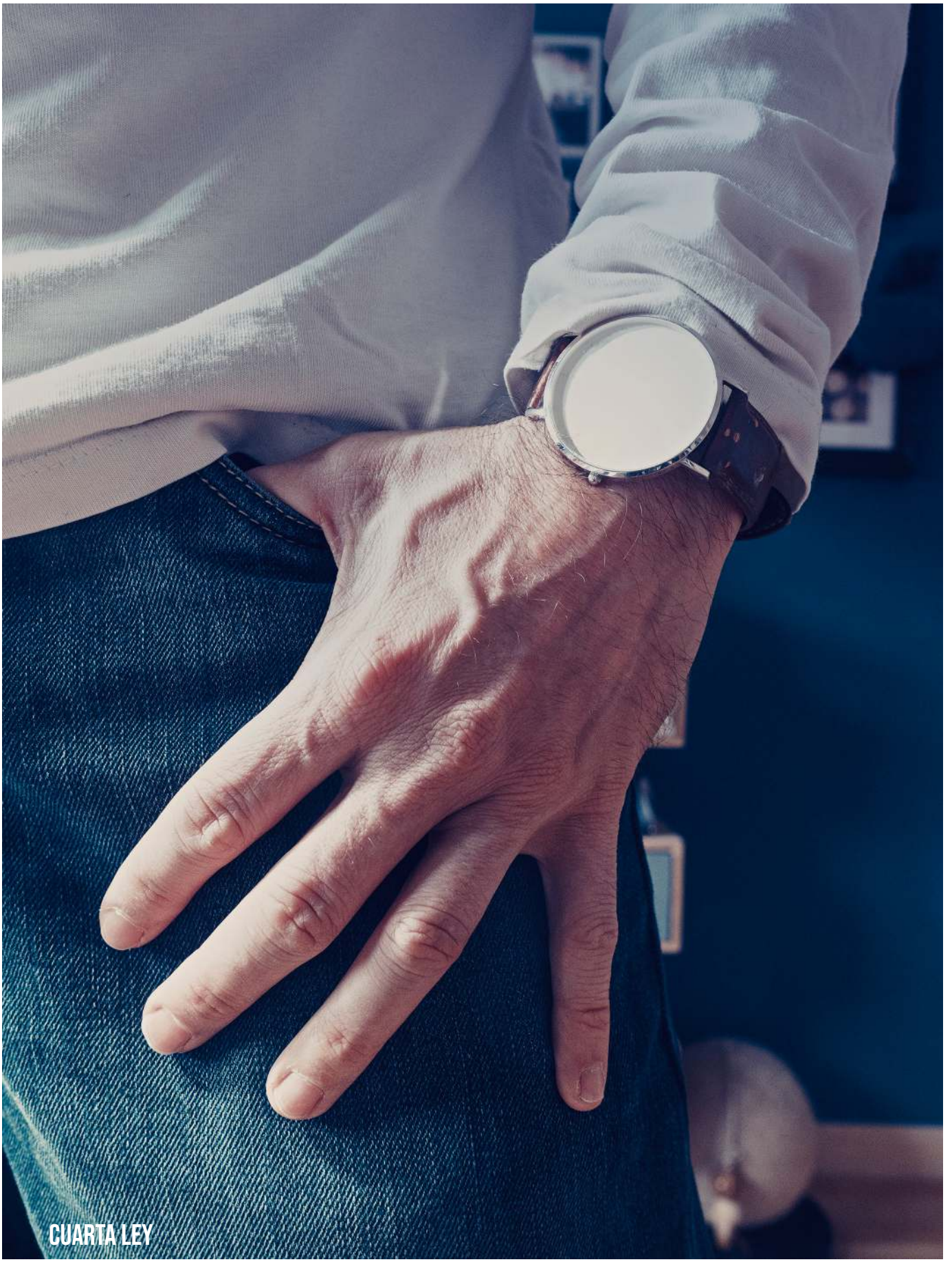
Aquí no hay nada, aseguró el segundo ratón que miraba fijamente al micho.

Vienen a darnos de comer, dijo muy contento el tercero.

El gato desplaza sus ojos fieros y amarillos del pequeño grupo hasta los míos y ladea la cabeza con curiosidad buscando mi complicidad. Asiento levemente y el felino se abalanza sobre el grupo de ratones y los despedaza ahí mismo con sus afiladas garras, *tris tras*, y ya no están.

Three blind mice,
Three blind mice,
See how they run!
See how they run!
They all ran after the
farmer's wife,
She cut off their tails
with a butcher's knife;
Did you ever see such
a horrible sight?
As three blind mice.

TRES RATONES CIEGOS



CUARTA LEY

Newton lo tenía cristalino: las cosas, cuando se encuentran en su estado natural, tienden a la cantidad mínima de movimiento, al reposo. Lo cual deja claro que Newton tenía una fe ciega en las cosas, o una entrañable falta de conocimiento sobre mundo real.

La tendencia natural de las cosas, querido Newton, es la de irse a la mierda y la de hacerlo, además, a una velocidad estratosférica.

Y en esas estamos, media vida intentando arreglar cosas que ya no tienen arreglo y la otra media preguntándonos el cómo, el cuándo y el porqué se romperán las que aún siguen en pie.

Bendita ingenuidad la tuya, Newton de mi alma.

POSIBILIDADES

El señor que aparece en la fotografía no lo sabe, pero ese reflejo que vislumbra en el espejo no es el producto de una simple reflexión sobre una superficie acristalada. Cada hueco de esa pared es un portal hacia otra dimensión, posibilidades es el nombre que habréis visto en los catálogos de nuestros productos.

Ese hombre se ve en el espejo, eso es cierto, pero si se fijase bien vería algo diferente, una divergencia. Alguna prenda de otro color, un peinado distinto, quizás más canas, o algunas arrugas bajo los ojos que delatan un sufrimiento oculto.

Muchas de las posibilidades presentan líneas casi paralelas, como si se hubiesen replicado al igual que las ondas transversales en un estanque sobre el que hemos lanzado una piedra. Esa piedra representaría el evento cero, el acto inicial que propagó a las demás.

Pero no siempre sucede así, a veces esas posibilidades presentan grandes divergencias. Ese reflejo que vemos en la fotografía pudo casarse con el amor de su infancia para descubrir, en un giro insospechado, que a veces las películas románticas pueden volverse reales. La persona tras el otro reflejo puede tener el trabajo de sus sueños, un hijo que no se ha marchado de casa para no volver nunca más…

Imagina acertar siempre en las decisiones tomadas. Cada paso dado, un paso hacia el éxito, la vida regida por un metrónomo que nunca se desvía. Entre todas esas posibilidades, por pura estadística, esa vida perfecta a la que aspiramos en vano, esa sucesión de eventos sin fisuras, debe existir.

Imagina que esa fuese tu vida.

Así que, si el reflejo al otro lado del espejo le devuelve una sonrisa burlona, no se asuste. Puede ser que su yo de otra dimensión le encuentre tristemente patético.

Primera página del manual de usuario de la DM12,
primera máquina de posibilidades patentada con número de registro
#45AR1-121578

CADA NUBE ES UN PLAN

Hoy lo he vuelto a notar, cada nube es un plan.

Se transforma al viajar y no pesa y se va.

Somos nubes, no más

Como hojas que danzan al viento, así nos elevará el tiempo y nos hará rodar…

y rodar y rodar y rodar…

Como hojas que danzan al viento,

así os recogerá el tiempo y os hará rodar

y rodar y rodar y rodar y rodar …

Love Of Lesbian

LE PHARE DU BOUT DU MONDE

Cada vez que el ser humano llega hasta un acantilado inmenso lo primero que hace es plantar un faro para, acto seguido, decretar que ha llegado "al fin del mundo". Pero dilo en latín, mi alma, que todo queda mejor cuando lo escribes con letras góticas, el *finis terrae*, el nadir del mundo conocido. Hasta ahí hemos llegado, nada menos, *usque ad finem*. Señores, desde aquí a la posteridad.

Y así pasa, miras los mapas de los viejos descubridores y te los encuentras llenos de "fines del mundo" que más parecen un monumento al cansancio de sus descubridores.

Ya he caminado mucho, he perdido a la mitad de los hombres que venían conmigo en esta estúpida aventura, las piernas no me aguantan y no creo que viva lo suficiente para recorrer el camino de vuelta. Hemos cumplido, nadie puede exigirnos más esfuerzos. Hagamos el puñetero faro, digamos que es el fin del mundo, que hemos visto al sol caer ante un abismo inmenso y dragones, llenad el maldito mapa de dragones con las fauces bien abiertas para que todo el mundo tenga claro de lo que hablamos.

Pero el mundo no se acaba ahí, nunca se acaba, ni el mundo, ni tus miedos, ni tus desgracias. El mundo, al igual que nuestros errores, es un problema circular que siempre nos lleva de vuelta al punto exacto de partida, al puñetero faro rodeado de dragones.

Las arañas de mi barrio se han comprado por internet un kit para construir su propia libélula. Han invertido mucho esfuerzo en levantar un laberinto de telarañas sobre el que han erigido el precario armazón y parecen entusiasmadas ante la posibilidad de poder volar a lomos de esa primitiva criatura. Veo un clamor de patas motrices que se tensan y bullen de pura excitación mientras ultiman los detalles finales. Corretean, resoplan y se miran con miles de ojos llenos de esperanza.

Las telas que construyen con tanto ahínco tienen más que ver con la escalada, con escapar del abrazo de la gravedad que con el simple alimento. Las han erigido para contemplar las nubes, el sol, las estrellas.. todas esas cosas que nosotros damos por sentadas, que contemplamos sin llegar a ver, y que para ellas son un pequeño milagro.

Si de vez en cuando cae algún insecto en esas redes, bueno, pues tampoco lo van a rechazar, ¿no? –*No se puede decir que sean difíciles de ver, ¿verdad?, Ya sabes, los insectos no es que sean muy inteligentes*-, añaden con algo que parece un encogimiento de hombros.

Es algo que no sabe todo el mundo: las arañas odian estar pegadas a la tierra. Como tantas otras maldiciones no lo eligieron ellas; sus ancestros retaron a los dioses en la noche de los tiempos y su raza fue condenada desde entonces a arrastrarse a ras de tierra. Son víctimas de algo que ocurrió hace eones y sobre lo que nadie les ha preguntado nunca.

La historia de siempre, la mierda del padre para los hijos, no existe el perdón ni la redención. Puedes pasar toda tu vida intentando convencer al mundo de lo contrario sin conseguirlo. Cuando naces con las cartas marcadas no puedes borrar ciertos estigmas, ellas bien lo saben.

Pero no importa, las arañas no han dejado ni un momento de soñar con las nubes y el viento acariciando sus peludos caparazones.

Con las nubes, el viento y con la venganza… pronto volverán a desafiar a los dioses y esta vez han prometido no fallar.

Vale, tenéis razón. Empiezo a sospechar que quizás las arañas no sean unas criaturas muy de fiar.

El monumento erigido para defender la libertad de expresión resultó tan abrumador que, el día de la presentación, el alcalde acabó vomitando el cóctel de gambas sobre los zapatos del presidente de la cámara de comercio, tres personas sufrieron desmayos y los periódicos del día siguiente mostraron las fotografías censuradas con groseras líneas negras.

Por la mañana, los operarios del ayuntamiento rodearon la estatua con una valla y envolvieron el contenido con plásticos y cinta amarilla. En ese mismo momento, justo en la calle de enfrente, el pleno del ayuntamiento decidía si fundirla de nuevo para purificarla, o arrojarla directamente al mar para perderla de vista. No había más puntos en el orden del día.

El autor de la obra observa desde la distancia el trampantojo levantado por los operarios y sonríe satisfecho ante lo que considera su mejor trabajo.

CON
23
SYMA

LA MONTAÑA MÁGICA

Ella ha invertido mucho tiempo en informarse. Cada día recibe su dosis de telediario y el móvil vibra enfurecido con las miles de alertas sobre tsunamis, elecciones en países remotos o la próxima cura del cáncer -esta vez sí, la definitiva-.

Al principio se esforzaba en buscar opiniones contrarias a la suya. Visitaba páginas que la hacían enfadar y que de alguna forma obligaban a ver las cosas desde otro ángulo. Como ver un cuadro boca abajo o una fotografía ante el espejo, la misma realidad, otra perspectiva que quizás no te guste pero que no por ello deja de existir.

Pero eso ya casi no ocurre, el algoritmo del móvil que rige su vida ha ido virando hasta hacerla por completo feliz en su burbuja de información. Ningún fabricante de móviles quiere usuarios enfadados.

En el otro extremo del espectro me encuentro yo. Un móvil viejo a punto del fallecimiento, ninguna alerta activada y un desconocimiento absoluto, casi vergonzoso, de la actualidad. Ni idea de las caras de los ministros que salen en televisión con gesto circunspecto, incapaz de situar los ríos en un mapa y mejor no hablemos de capitales o provincias, esos conocimientos me duraron hasta llegar al examen en el colegio.

No es algo que de lo que me sienta orgulloso, nunca hay que sentirse a gusto con las cosas que se desconocen, sólo estoy haciendo el inventario de mis derrotas.

Los dos somos igual de manipulables, no me quiero engañar. La única diferencia es que ella ha invertido más tiempo en conseguirlo, pero lo cierto es que al final hemos llegado al mismo sitio por caminos separados.

Ella quiere gobernar su vida, mi actitud es la de alejarme todo lo posible de la realidad. Mi objetivo no es tanto ganar perspectiva para ver el cuadro final como esconderme lo más posible de esa realidad que quieren ponerme ante los ojos.

Obtengo una extraña satisfacción en subir a una montaña con un equipo fotográfico a la espalda que pesa más de lo razonable. Con cada metro de subida que vas ganando dejas tras de ti capas de ruido, de preocupaciones y de urgencias. Llegas a lo alto cansado pero más liviano, una especie de libertad.

Al principio buscaba las rutas más populares, las más bonitas, las mejores vistas. Con el tiempo he ido cambiando y ahora sólo busco que haya poca gente. Un camino sinuoso, una montaña al fondo, no hace falta mucho más.

No importa la belleza de la ruta, las montañas siempre guardan algo para quien vaya a su encuentro. Porque ese es el truco, ir a buscarlas. Las montañas no regalan nada, no saben nada de nuestras vidas que pasan como un suspiro en sus geológicas existencias.

Las montañas no nos recordarán, pero si te esfuerzas en conocerlas, las montañas pueden ser la mejor compañía. Eso es algo que el algoritmo que vive dentro de mi móvil nunca entenderá.

El invierno ha dejado tres hojas a los pies de mi casa. Estaban tan perfectamente colocadas, en fila y de mayor a menor tamaño, que he llegado a pensar con ingenuidad si habría sido una broma de mis nuevos vecinos. Pero la calle estaba vacía como una premonición cuando he salido a comprobarlo.

Las he sostenido a contraluz por el peciolo para mirarlas por el haz y el envés y me han devuelto una pequeña constelación de manchas y nervaduras que casi parecían palpitar llenas de clorofila. Un mapa sin territorio, unos caminos sin destino definido, delgados como las líneas de la vida. He pensado en un palimpsesto escrito en un idioma que aún no me esta permitido conocer.

La vecina que vive en la puerta de enfrente y que tiene hechuras de adivina me recomendó nada más conocerme que creyese en cuanta señal me saliese al paso. Y esas hojas, ¿qué otra cosa podrían ser?

Las he recogido con cuidado y he decidido guardarlas y fotografiarlas a la espera de saber interpretarlas. Un entomologo de señales astrales, clasificar, anotar, esperar la revelación y volver a empezar.

Una de esas hojas tenía el tono ocre y gastado del cuero viejo, otra tenía un pequeño corazón de color verde casi desvanecido y la última, la última es un misterio para mi. Tiene una parte central de un color verde que parece ir expulsando al color rojo hasta el exterior. Pero quizás sea al revés, lo desconozco todo sobre los árboles, puede ser el verde el que retroceda cediendo el territorio hasta desaparecer.

Tengo una sensación parecida al contemplar las estrellas en el firmamento. Una negrura inmensa a punto de devorar los pocos puntos de luz que aún resisten, o pequeñas luces que han aparecido donde antes no había nada y que acabarán por derrotar a la oscuridad.

La eterna lucha del bien contra el mal, de las dudas contra las certezas. De unas vidas en las que es imposible saber si estamos a punto de firmar la rendición definitiva, o si sólo estamos tomando fuerzas para afrontar la remontada final.

Las hojas lo saben, el problema es que no hemos aprendido a leerlas.

el artista del alambre, 2021